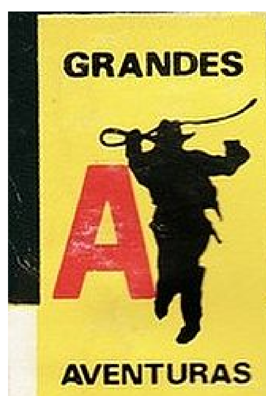
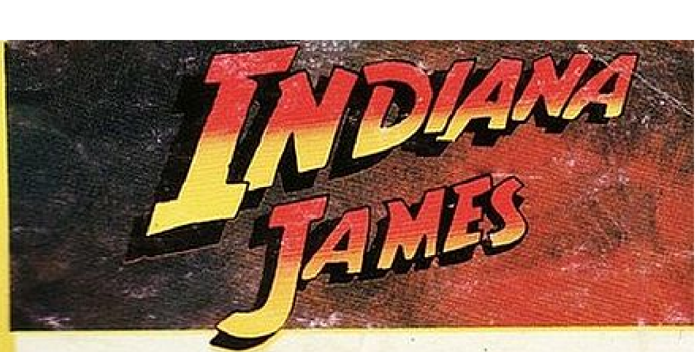




EL DESPERTAR DE LA BESTIA

Allí estaba yo, en El Matadero, rodeado de abyectos criminales, vigilado por funcionarios sádicos y con una condena de treinta años y un día por delante.

El Matadero es un penal de cierto país latinoamericano. No podría contar cómo llegué a convertirme en huésped de semejante lugar sin comprometer la seguridad de ciertos amigos de ese mismo país. Por tanto, me veo obligado a dejar en blanco esa etapa de mi vida, con la esperanza de que algún día las circunstancias cambien y pueda relatarla.

Debo confesar que cuando llegué al penal se me cayó la moral por los suelos, y por los suelos se me quedo durante bastantes semanas, convertida en algo muy parecido a una cagada de perro.



Indiana James

El despertar de la bestia

Bolsilibros - Indiana James - 29

ePub r1.0
LDS 10.05.18

Título original: *El despertar de la bestia*
Indiana 1987
Cubierta: Almazan
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2



GRANDES



AVENTURAS

Capítulo primero

Allí estaba yo, en El Matadero, rodeado de abyectos criminales, vigilado por funcionarios sádicos y con una condena de treinta años y un día por delante.

El Matadero es un penal de cierto país latinoamericano. No podría contar cómo llegué a convertirme en huésped de semejante lugar sin comprometer la seguridad de ciertos amigos de ese mismo país. Por tanto, me veo obligado a dejar en blanco esa etapa de mi vida, con la esperanza de que algún día las circunstancias cambien y pueda relatarla.

Debo confesar que cuando llegué al penal se me cayó la moral por los suelos, y por los suelos se me quedo durante bastantes semanas, convertida en algo muy parecido a una cagada de perro.

Había soportado la detención y el juicio pensando que cualquiera que fuera la condena la resolvería con una rápida y expeditiva fuga. Pero una cosa es pensar en abstracto, y otra muy diferente enfrentarte al hecho concreto de que te han encerrado en una tétrica e inexpugnable fortaleza.

—Nadie ha logrado escapar jamás de El Matadero —me dijo el alcaide al recibirme, rebosante de orgullo profesional.

Y yo me lo creí.

Dioses, el cochambroso edificio estaba rodeado por *tres* círculos concéntricos de murallas altísimas, coronadas con alambradas eléctricas. Había más torretas de vigilancia que chimeneas en una Fábrica del siglo pasado. Y, para acabar de arreglarlo, todo el conjunto estaba edificado en una isla pelada, separada del continente por quince millas de un mar infestado de tiburones.

«*En fin, ya se me ocurrirá algo*», pensé con desmayo.

Y, mientras esperaba a que se me ocurriera, me fui aclimatando

al lugar. Ya se sabe: Cuando uno llega a un sitio nuevo, no tarda en hacerse amigos y enemigos, en crearse un ambiente.

Yo me creé un amigo y un enemigo. Ambos fervientes, incondicionales, para toda la vida.

El amigo era Timmy Estévez, un muchacho de unos 25 años, cojo, raquítico a causa de una enfermedad infantil y con la cara desfigurada por marcas de quemaduras. El blanco de todas las burlas y los abusos, el chivo expiatorio de la frustración que todos los internos llevaban dentro. Estaba en la cárcel por haber golpeado con una botella a un agente de policía que se había reído de él. Doce años y un día. Era americano, como yo.

También el enemigo era compatriota. *Cachas* Cameron, especie de ogro peludo y alcohólico, psicópata embrutecido, asesino, violador y otras muchas cosas más que me callo para no asustar a los niños que lean esto. Metro noventa de altura, ciento veinte kilos de peso, ojos de demente y manos come palas. Todo el mundo le temía. Se decía que mandaba más que el alcaide. Entre sus privilegios, estaba el de considerar la cárcel como un feudo propio y a los demás reclusos como servidumbre personal Cuando hacía un chiste, por malo que fuera, cuantos estaban cerca se cuidaban mucho de hacer estentóreas sus carcajadas.

Y a *Cachas* Cameron le apasionaba hacer chistes a costa de Timmy.

Así fue como entré en contacto con los dos, el primer día de mi estancia en El Matadero: *Cachas* Cameron hizo su chiste («Oye, Timmy, ¿no has pensado nunca en ganarte la vida como atracción de feria?»), se produjo el inmediato coro de risotadas, y yo no sólo no me sumé a él, sino que me encaré con aquel ser semihumano y le dije:

—Y tú, ¿no has pensado nunca en donar tu cerebro para un trasplante de culo?

Eso ocurría en el comedor, durante la cena. Se apagaron las risas, cesó el murmullo de conversaciones y se hizo un silencio tan gélido que hasta la sopa dejó de humear.

Y *Cachas* Cameron parpadeó:

—¿Qué has dicho?

No me había entendido. No podía entenderme. Que alguien osara desafiarle era algo totalmente inconcebible para él.

Se lo repetí sílaba por silaba.

La sopa pareció congelarse en los platos y cuantos estaban en nuestra mesa descubrieron de pronto que les habían entrado unas ganas de ir al retrete, cosa urgente. Quedamos los dos solos, frente a frente, separados por la mesa.

A estas alturas, ya había hecho la luz en el cerebro de Cameron (si es que realmente lo tenía). Y debía ser una luz muy roja y muy intensa, porque se le salía por los ojos en forma de destellos carmesí y le iluminaba la jeta con un grana purpúreo. Cerró la mano sobre la cuchara, estrujándola como si fuera celofán y, después, se incorporó muy lentamente, imagen que evocó en mí la de un volcán emergiendo de los mares en los tiempos prehistóricos.

—Te mataré —anunció, mordiendo las palabras.

Yo le pegue una patada a la mesa y la proyecté sobre su cuerpo Y ya estuvo liada.

Cachas Cameron astilló la mesa de un solo golpe, y luego pretendió hacer lo mismo con mi cara. Esquivé, agachándome. Probó a juntar las manos, convirtiéndolas en una maza, para golpearme en la cabeza y clavarme hasta la cintura en el suelo. Nueva finta. Agarré un pedazo de mesa para usarlo como escudo. Cameron volvió a golpear y su puño atravesó la madera chapada, como si fuera gelatina.

—¡Planta cara, cobarde! —Rugía.

Yo me sentía como un peso mosca danzando alrededor del campeón mundial de los pesados. ¿Podía hacer otra cosa, aparte de esquivar?

Bien, ¿y por qué no?, me dije.

Proyecte mi puño contra su mandíbula. Él ni se movió, y a mí el retroceso me mandó de culo al suelo.

El volcán se lanzó en plancha sobre mí, rugiendo de felicidad y yo tuve que revolverme en el suelo para evitar lo que hubiera sido una laminación instantánea. A estas alturas, ya me había arrepentido con creces de mi heroicidad al desafiarle, y rogaba mentalmente porque los vigilantes vinieran a separarnos.

Pero los vigilantes se mantenían a la expectativa y todo a lo que se atrevían era a cruzar apuestas sobre cuánto le duraría a *Cachas*.

Ahora, la bestia me tenía agarrado por un pie y trataba de arrancarme la pierna de cuajo. Le pateé la jeta con el otro pie. Eso

le dolió un poco y me soltó. Sangraba por la nariz. Agarré una silla y se la partí en la espalda.

Mira por dónde, eso le afectó un poquito. Se tambaleaba gruñendo sordamente, y yo me hice la ilusión de que ya le tenía, y me acerqué a él tomando posiciones para romperle el puente de la nariz con un golpe de Karate.

Craso error. Debí de haber seguido con la esquiva.

… porque esta vez sí estaba a su alcance y *sí* me alcanzó. Un solo golpe, en la mandíbula, que me hizo volar seis metros, atravesar una de las ventanas del comedor y caer en el patio ya en estado semicomatoso.

Luego me enteré de que un par de vigilantes me sacaron de ahí antes de que *Cachas* pudiera rematarme debidamente.

Me sacaron de ahí y me llevaron a una celda de castigo. Dos semanas, dijo el alcaide, el castigo usual para quienes provocaban una pelea y la perdían. Al vencedor, no le decían nada. En especial, si se trataba de *Cachas* Cameron.

De modo que me pasé las dos semanas a pan y agua, leyendo y releyendo un ejemplar de *Papillón* que un vigilante guasón me prestó. Cuando la sentencia estuvo cumplida, y en vista de que no me venían a sacar, procedí a aporrear la puerta.

—Ah, ¿pero quieres salir? —me preguntó sorprendidísimo el vigilante.

—¡Claro que quiero salir! —me exasperé—. Ya he cumplido el castigo, ¿no?

—Sí, pero *Cachas* Cameron te está esperando —puntualizó el alcaide, que había sido raudamente avisado de mi insólita pretensión—. Piénsalo bien, aquí dentro estás seguro.

—¡No quiero pasarme treinta años y un día en una celda de castigo! ¡Quiero salir!

—Bien, bien…

Me sacaron. A esa hora, los demás internos estaban hacendó gimnasia. Yo me fui a mi celda e hice algunos preparativos: Corté un trozo de cañería de plomo y me lo puse en un bolsillo; en el otro guarde un puñado de pimienta.

Y salí al patio a buscar pelea.

Cachas Cameron no hacia gimnasia. Se había auto concedido el privilegio de contemplar sentado al sol como la hacían los demás,

mientras él ejercitaba vagamente sus músculos sacándose pelotillas de la nariz o rascándose los sobacos o cualquier otra cosa que le picara.

Me planté ante él, con las manos en los bolsillos.

—Me han dicho que me estabas esperando, para sacarme a bailar, cara de culo —le provoqué.

Cachas rugió. Con el rabillo del ojo vi a Timmy Estévez iniciando un movimiento como para detener la inevitable pelea (*«Ya te machacó una* vez *por mi culpa»*), parecía decir su expresión. Pero yo no hice caso.

Cachas Cameron saltaba ya sobre mí.

Saqué la mano izquierda del bolsillo, me puse el puño sobre los labios y soplé como quien hace puntería con una cerbatana. Blanco: Cara, ojos y nariz. *Cachas* frenó en seco, cerró los ojos y tomó aire para estornudar violentamente.

Saqué la mano derecha, el trozo de cañería bien apretado en el puño, y le chafé la nariz. Cinco veces seguidas. Cinco golpes proyectados con toda la fuerza de mis músculos.

No cayó. Trató de abrir los ojos, pero los tenía llorosos y no veía ni papa. Aproveché para castigarle el estómago, el bajo vientre y el plexo solar. Acertó a lanzar algunos contragolpes mal coordinados, y todo lo que consiguió fue perder el equilibrio y caerse.

Entonces retrocedí unos metros, recogí el trampolín que los gimnastas usaban para saltar el potro, y se lo partí en la cabeza.

Bingo.

O *limbo*, porque al limbo es a donde le mandé por unas cuantas horas.

Me metí la mano en el bolsillo para esconder el trozo de cañería y busqué con la mirada a uno de los vigilantes.

—Y bien, ¿qué esperan? ¿No van a llevarle a la celda de castigo?

Se lo llevaron entre varios. Dioses, parecían cuatro enanillos trasladando a Gulliver. Los demás reclusos me miraban con incredulidad (porque no podían creer lo que acababan de ver) y temor (porque no habían visto el providencial trozo de cañería). Yo me sentía completamente en paz conmigo mismo: Había hecho trampa, pero en un caso como aquél estaba plena y moralmente justificado, y hasta recomendado, si me apuran.

En fin, que así fue como me gané el respeto de todos y la

inquebrantable amistad de Timmy Estévez.

Bueno en esta vida, cuando llevas a cabo alguna acción más o menos heroica en nombre de tus principios y demás zarandajas, ya cuentas con ganarte de alguna manera el agradecimiento del beneficiado. El agradecimiento y la amistad, por qué no. Pero Timmy Estévez se pasó un poco de la raya. Debí convertirme en su héroe, y empezó a agobiarme con una devoción que acababa por resultar embarazosa.

Me seguía a todas partes, me conseguía tabaco, me encendía los cigarrillos, sobornaba a los cocineros para que me reservaran la comida menos infecta, trataba de anticiparse a mis más remotos deseos… en otras palabras se auto nombró mi paje particular y me nombró a mí su caballero andante.

Y me contó su vida.

—Golpe tras golpe, siempre recibiendo —me explicaba—. La gente es cruel, Indy. Les gusta hacer chistes sobre las viejecitas que resbalan por la calle y se rompen la cabeza, y los tullidos como yo. Nunca he tenido un amigo. Tú eres el primero. El único.

Yo me exasperaba:

—¡Pues sé mi amigo, diablos, no mi criado!

—Estoy en deuda contigo —se defendía él—. Tú te jugaste el pellejo al enfrentarte con *Cachas*. Y lo hiciste por mí. Ahora todos saben que eres mi amigo y ya nadie se mete conmigo.

Eso era cierto Mientras Cameron purgaba sus dos semanas en la celda de castigo, los demás reclusos se mantenían a la expectativa y procuraban apartarse de mi camino y del de Timmy.

—¿De dónde eres? —Se me ocurrió preguntarle un día.

—De Gladstown, Arizona —dijo. Y, de pronto, una expresión dolida ensombreció su rostro—. Allí crecí. Esa ciudad fue un infierno para mí. Lo que esa gente me hizo… —Y dejó la frase en suspenso.

—¿Qué te hicieron?

—Nunca se lo podré perdonar. *Nunca.*

No quiso seguir con el tema. Esta situación se repitió varias veces: Mencionar Gladstown, aparecer una máscara de odio y rencor en su rostro y luego negarse a entrar en detalles.

En vez de contarme lo que ocurrió, daba amplios rodeos alrededor del tema:

—¿Sabes? La gente de Gladstown está muy orgullosa de sí misma. Muchos llevan en los coches una pegatina con la leyenda: «Gladstown. A tow —a family». Dicen que es la ciudad feliz. No hay parados, ni delincuencia. Cuarenta o cincuenta mil habitantes que son como una familia bien avenida, claman. Pero son basura, Indy. Y lo sabrán algún día.

Me quedé mirándolo dubitativamente. La última frase parecía sugerir una promesa de venganza.

—… algún día despertará la bestia que llevan dentro se convertirán en los animales que realmente son y cuando haya pasado todo, tendrán que vivir con ello el resto de sus vidas. Ése será su carga.

Palabras importantes éstas, y también proféticas, pero que en aquel momento yo interpreté como una simple fantasía de Timmy, una válvula de escape a su rencor.

Después de todo, de los doce años y un día a qué había sido condenado, le quedaban once y medio (y el día) por cumplir.

Y, a esas alturas, a *Cachas* Cameron le quedaban tan sólo dos días de celda de castigo por delante. Todos los reclusos se frotaban las manos, esperando asistir al emocionante tercer *round* de nuestro combate particular. Porque Cameron había prometido vengarse, claro. Informaciones de Radio Macuto afirmaban que se entrenaba demoliendo a puñetazos las paredes de la celda de castigo.

Y yo miraba los tres muros de la cárcel, y deseaba encontrar la manera de recobrar la libertad antes de que sonara el gong. Pero seguía sin ocurrírseme nada. Tendría que afrontar el tercer *round*, lo que seguramente acortaría en unos treinta años mi condena. Saldría de inmediato de la cárcel… empaquetado en una caja de madera.

Pero no había contado con Timmy, claro. ¿Acaso no era él quien se desvivía por anticiparse a mis más leves deseos?

El día anterior a la salida de Cameron, me llevó a un rincón del patio y, como quien no quiere la cosa, me preguntó:

¿Qué tal si nos fugamos esta noche?

CAPÍTULO II

Y yo le contesté:

—Sí, claro. Y después nos vamos a tomar unas copas con Jacquelinne Bisset y Bo Derek, ¿no?

—Te lo digo en serio, Indy. Llevo mucho tiempo preparándolo. Mira.

Me mostraba furtivamente un frasco repleto de una especie de mejunje viscoso y de color indefinido. No sé si he dicho que Timmy era un apasionado de la botánica. Se pasaba el día recogiendo hierbajos y plantas en el patio de la cárcel, y con todo ello se había hecho un herbolario de la flora local. No había nada raro en esto. En la cárcel, cada cual trata de distraerse como puede. A otros les daba por criar canarios, o por cultivar champiñones en la celda.

—¿Qué es? —le pregunté.

—Soy, er… —dudó un momento—. En fin, digamos que tengo algunos conocimientos de botánica, química y biología. Me ha llevado algún tiempo reunir los ingredientes precisos, pero por fin lo he conseguido. Esto es un poderoso somnífero, elaborado en base a una mezcla de diversas plantas locales.

Asentí con la cabeza. Intuía la idea, pero no acababa de ver a dónde quería ir a parar.

—… Y aquello es el depósito de agua del penal —prosiguió, señalando una inmensa cisterna elevada sobre pilares de madera—. De esa agua bebemos todos, Indy. Los internos, los celadores, el mismísimo alcaide y los que están de guardia en las torretas.

Empecé a comprender.

—¿Estás seguro de que el somnífero surtirá efecto?

—Completamente. Es más, incluso he calculado el tiempo que tardará en ser asimilado y empezar a actuar. Unos veinte minutos.

—Protestó vehementemente al ver mi expresión de duda—: ¡En serio, Indy, *que yo entiendo de esto*! Lo verteremos en el depósito una hora antes de la cena. A nadie le extrañará tener sueño por la noche, ¿no?

Yo quería creérmelo, pero seguía receloso.

—¿Y si algún vigilante no bebe agua? Aquí hay mucho borracho, ya sabes.

—Esta noche hay sopa para cenar, ya me he enterado. Sopa y nada más. Y la sopa se hace con agua, ¿no?

Eso era cierto. En El Matadero, la sopa se hacía *sólo* con agua, en la que ponían a flotar algunos grumos de sustancias sospechosas e inidentificables.

Me rendí, y con mucho gusto.

—De acuerdo. No perdemos nada con probarlo.

Una hora antes de la cena en un momento en el que todos, internos y vigilantes estaban distraídos mirando a un Timmy que de repente se había puesto a aullar incoherencias en el centro del patio (sabia maniobra de distracción), ejercite mi puntería y facultades para el baloncesto tirando el frasco a la cisterna. Canasta. Entró a la primera.

Luego, ya fue todo cuestión de esperar. Y de no cenar, claro. Ni comer, ni beber.

Los reclusos salieron del comedor bostezando aparatosamente y con plomo en los párpados. Aquella noche nadie parecía dispuesto a montar alguna timba de póker en las celdas. Todos se dirigieron como buenos chicos a sus respectivos jergones, los vigilantes cerraron las celdas y se fueron a cenar a su vez. Comían de la misma sopa, sólo que a ellos les ponían ración extra de grumos. A los que estaban en las torretas, se la distribuían en el cuerpo de guardia, junto con generosas tazas de café.

Una hora después, el penal era un inmenso ronquido.

Salir de la celda no fue problema, puesto que Timmy, a causa de su raquitismo, podía escurrirse cómodamente por entre los barrotes (los vigilantes lo sabían, pero a nadie se le había ocurrido que un minusválido como él pudiera intentar una fuga). Fue en busca del celador, que dormitaba espatarrado en una silla le quitó las llaves y abrió la celda para que pudiera salir a mi vez.

Así de fácil.

Nos paseamos impunemente por todo el penal como si estuviéramos en casa del suegro. En el patio, los focos habían dejado de barrer el terreno para quedar inmóviles, algunos de ellos apuntando al ciclo.

Al alcaide, le encontramos dormido sobre su mesa de trabajo, con la nariz hundida entre las páginas de una revista porno de las fuertes. A saber en qué estaría soñando, el hombre. Le quitamos todas las llaves del penal sin ningún problema.

La próxima visita, la hicimos al polvorín, donde conseguimos un par de ametralladoras y varios cartuchos de dinamita.

Todo iba sobre ruedas. Tanto, que nos confiamos.

Y así, cuando cruzábamos ya el patio, dirigiéndonos a la puerta de la primera muralla, estuvimos a punto de ser alcanzados por una ráfaga de ametralladora procedente del edificio de la residencia de los vigilantes.

Ra-ka-ta-ka-taka-ta, rugió el arma.

—¡A los reclusos, que se escapan dos ametralladoras! —chilló una voz eufórica en las sombras.

Mierda, habíamos olvidado que hay borrachos a los que no les gusta la sopa.

El tipo siguió disparando. Timmy y yo nos habíamos tirado al suelo, y desde allí replicábamos a ciegas (porque la residencia de vigilantes quedaba en la sombra), mientras las balas silbaban sobre nuestras cabezas.

Dioses, el tipo se dedicaba a barrer metódicamente el patio. Estábamos en terreno descubierto. Tarde o temprano nos alcanzaría. Por ejemplo, cuando tuviéramos que exponernos aún más para abrir la puerta.

—Indy —oí a Timmy.

—¿Si?

—Voy a volar la puerta con dinamita. Tendremos que salir corriendo.

Envié una nueva ráfaga hacia la residencia.

—¡Despertaremos a todo el mundo! —objeté, aprensivo.

—¡Despertarán un momento, pero volverán a dormirse enseguida sin remedio! ¡Seguro, Indy! ¡En cuestión de bioquímica soy un experto! ¡Estudié muchos años!

Ra-kataka-taka-ta.

—¿En la Universidad? —me sorprendí. Nunca me había hablado de que tuviera título alguno.

—¿Qué importa eso ahora? ¡Vamos, prepárate para correr!

Un par de barrenos de dinamita, una cerilla, un corto vuelo parabólico y ¡BOUMMMMM!, las puertas y parte de la muralla volaron por los aires, al tiempo que una de las torretas se derrumbaba y todos los cristales del penal saltaban pulverizados.

Salimos a la carrera. La explosión debió de meterle el miedo en el cuerpo al vigilante borrachín, porque ni siquiera intentó disparar de nuevo. *Dioses*, pensaba yo mientras corría, *con un poco de suerte, mañana va a haber aquí un motín o una fuga masiva. Depende de quién despierte primero*. Imaginarme a un *Cachas* Cameron rondando por el mundo en libertad, no me complacía ni pizca.

Pero, a lo hecho, pecho. Ya no podíamos echarnos atrás.

Quedaba aún un problema: El de apoderarnos de una embarcación en el pequeño puerto de la isla; contábamos con reducir a los centinelas allí apostados con nuestras armas, pero se ve que los tíos se asustaron al oír la explosión, imaginaron un sangriento motín y decidieron desertar precipitadamente, valiéndose de una de las lanchas.

Había otras seis. Cogimos la más potente.

Y eso fue todo, en cuanto a la fuga se refiere. Navegamos toda la noche, proa al Norte hasta llegar a la costa de un país vecino, enemistado con el que dejábamos atrás, razón por la cual fuimos recibidos como una especie de héroes justicieros. Nos alojaron en un hotel, dormimos unas horas y nos despertaron frotándose las manos de satisfacción.

—Ha habido un motín en El Matadero. Esta mañana, los reclusos se han apoderado de la isla —nos informó un policía, confirmando mis temores.

Timmy buscaba algo en su macuto, visiblemente nervioso.

—¡Mi diario! —gritó de pronto.

—¿Qué ocurre? —preguntamos yo y el policía a la vez.

—¡Está en El Matadero! ¡Debió caérseme en el patio, cuando nos tiramos al suelo! ¡Dios mío, *tenemos que volver*!

Costó dios y ayuda hacerle ver que eso era imposible Se resignó por fin, pero quedó en un estado de visible agitación nerviosa (*¿pero qué demonios en ese diario, que sea tan importante?*, le pregunté yo. Y

no quiso responder).

El policía nos dijo que el gobierno de su país se ofrecía a pagarnos los pasajes para volver a los Estados Unidos.

—No es necesario —dije yo—. El consulado americano se hará cargo de eso.

—No —dijo Timmy.

—Claro que lo harán. Ésa es precisamente una de las obligaciones del cónsul.

—Que no quiero que acudamos *para nada* al consulado americano.

—Pero ¿por qué?

—Ya te lo contaré algún día. Ahora, aceptemos el pasaje que nos ofrece esta gente.

Yo empecé a albergar una difusa sospecha. Busqué los ojos de Timmy:

—¿Tienes problemas con la ley, en los Estados Unidos?

—No hay ninguna orden de arresto contra mí, si es a eso a lo que te refieres —contestó ambiguamente—. Por favor, Indy, no hagas más preguntas. Todo a su tiempo.

Aceptamos los pasajes, y al día siguiente partimos hacia Arizona.

Hacia Arizona, precisamente, porque Timmy me había pedido que le acompañara a Gladstown y, de nuevo, *sin hacer preguntas*. Acepté porque estaba en deuda con él. Una deuda de treinta años y un día, exactamente. Pero para entonces ya intuía que el muchacho guardaba celosamente un importantísimo secreto, algo que ni siquiera a mí podía explicarme.

—Pero ¿por qué a Gladstown? —le insistía yo en el avión—. ¿No lo pasaste mal ahí? ¿No odias a la gente de tu ciudad? Sería mejor que intentaras abrirte camino en otra parte.

—No se consigue nada rehuyendo los problemas —contestaba él —. Hay que afrontarlos para superarlos.

—Pero, *¿qué demonios es lo que tienes que afrontar*?

* * *

—Todo a su tiempo, Indy. Todo a su tiempo.

En Phoenix, capital del estado de Arizona, alquilamos un coche para desplazarnos hasta Gladstown.

Mientras conducía, yo pensaba. Juntaba datos y llegaba a

conclusiones más o menos aventuradas. Veamos: Timmy Estévez, a quien sus conciudadanos de Gladstown le habían hecho (por la razón que fuere) la vida imposible. Timmy Estévez, que demostraba en la práctica ser mucho más culto de lo que se le suponía en la teoría (¿Había sido la modestia lo que le había impedido hablar de sus más que probables estudios de química en la Universidad?). Timmy Estévez, que un día me había anunciado que un día «la bestia despertaría en Gladstown»…

Clavé el freno dos millas antes de llegar a la ciudad.

—Vamos a dar media vuelta, Timmy —le anuncié.

—¿Queeeeee?

—Que vuelves a Gladstown para vengarte, de una manera u otra. Y no sacarás nada con eso.

Me miraba fijamente, apretando los labios, lívido. Parecía a punto de echarse a llorar.

—Yo es verdad —negó—. Vuelvo porque no se gana nada con huir. Si empiezas a huir, siempre estarás haciéndolo. Debo ser valiente y reconstruir mi vida en esa ciudad, afrontar el problema de cara, ganarme el respeto de mis conciudadanos.

—*¿Qué problema*, Timmy?

Dudó un momento:

—El de siempre. Las burlas de la gente, a causa de mi deformidad, el que me traten como a algo inferior, *todo eso.*

Busqué su mirada. Me la rehuía.

—Timmy, ¿somos amigos, no?

—Claro. Eres el único amigo que he tenido en mi vida. De verdad.

—En ese caso, contéstame a una pregunta. Una sola.

—Adelante.

—¿Cómo te hiciste esas marcas de quemaduras en la cara?

Había disparado a ciegas, y parece que de una forma u otra di en el blanco. La expresión culpable de mi amigo se hizo aún más notoria. Me escondía algo, ahora estaba seguro. Se le notaba en tensión.

—Lo siento —decidió—. No puedo contártelo.

—Cuéntame al menos por qué no puedes contármelo —insistí.

—Porque si lo hiciera creerías que vuelvo para vengarme, y eso… no es cierto.

—De acuerdo, hagamos un trato. Tú me lo cuentas y yo no saco conclusiones.

Timmy suspiró:

—Está bien. No es una historia divertida…

En efecto, no lo era. Siendo estudiante, y estando acomplejado por su deformidad, Timmy había decidido ganarse su lugar al sol de la única manera que podía: Convirtiéndose en el primero de la clase, el mejor de todos. Esto acabó enajenándole la antipatía de sus compañeros, que le veían como al clásico y repelente empollón. Como fuera que donde más descollaba Timmy era en la química, un día decidieron gastarle una broma en el laboratorio de prácticas. Una broma, en teoría, inofensiva.

Se trataba de provocar una pequeña explosión en su matraz. Así, mientras una chica le distraía, otros introdujeron ciertas sustancias químicas en el recipiente. Calcularon mal. Porque cuando Timmy volvió a su experimento y añadió el ácido sulfúrico…

En fin, que por eso tenía la cara quemada.

—Ya sé que no tenían intención de hacerme daño —se explicó Timmy en el coche aparcado en la cuneta de la carretera—. Fue un error, mala suerte, si quieres…

«Un golpe más de mala suerte para alguien a quien la mala suerte ya había golpeado antes», pensé yo.

—… pero esos chicos, mis compañeros de clase, eran los hijos de las familias más ricas e influyentes de Gladstown. Allí estaban los Patterson, los Ford, los Boyle… Y cuando mis padres pidieron una indemnización, fíjate, *sólo algo de dinero para los gastos de hospital, se* negaron a pagar y, entre todos, pergeñaron una historia, según la cual las quemaduras se habían producido por culpa mía. «Un error del muchacho al mezclar las sustancias», dijeron. Y entonces fuimos a juicio, y todos mis compañeros declararon abonando esa patraña, y el juez, que era pariente de los Boyle, les absolvió. Yo les llamé mentirosos en el juicio, y a partir de ahí, las fuerzas vivas de Gladstown se dedicaron a «lavar la ofensa» haciéndonos la vida imposible en la ciudad a mí y a mi familia. Mi padre trabajaba en la industria de los Ford. Le echaron. El banco de los Patterson hizo efectiva una hipoteca sobre nuestra casa y *nos la quitó*…

No quería hablar, pensé yo, pero una vez empezó, tampoco podía parar. Era como si una presa hubiera cedido ante el empuje

de años de infamias y humillaciones. Ahora, ya nada podía detener la riada.

—… tuvimos que marcharnos de la ciudad, Indy. Con cincuenta años, mi padre tuvo que empezar de nuevo su vida en otra parte. Y todo para que nadie pudiera decir que un hijo de los Boyle, o de los Ford, o de los Patterson era un gamberro. Por eso, y por ahorrarse unos miserables dólares. Esa gente son hipócritas y mezquinos, *basura*, Indy, *basura*. Pero algún día… —Y aquí sí supo frenar, y se mordió la lengua para no seguir hablando.

—Algún día, ¿qué?

—Has dicho que no sacarías conclusiones, Indy —me recordó.

—Timmy…

—Está bien. No quería contártelo porque temía que me tomases por un iluso, un soñador. Pero ahora veo que debo hacerlo. Me gradué en Química, con grado Phi Beta en Harvard, gracias a una beca. Tengo algunas patentes interesantes. Quiero montar una gran empresa en Gladstown. Demostrar de lo que soy capaz. Abrirme camino ante sus propias narices.

Me creí la historia. Me la creí porque, dioses, sonaba lógica. ¿Cómo demonios podía ni siquiera remotamente imaginar cuáles eran las verdaderas intenciones de Timmy?

Pero no adelantemos acontecimientos. Nos alojamos en un motel a la entrada de la ciudad. Timmy se quedó en el coche mientras yo alquilaba el *bungalow*. Me pidió que no le inscribiera con su nombre. No que nadie supiera, todavía, que había vuelto a casa. También me creí eso.

Indiana James y John Jones, le dije al propietario del motel. Y el tío miró por encima de mi hombro sonriéndose. En la oscuridad no podía ver a Timmy dentro del coche.

—Un planillo, ¿eh amigo?

—No, no…

—Eh, no me cuente su vida. Limítese a pagar, eso es todo lo que le pido.

Pagué.

Al día siguiente, Timmy se quedó en el *bungalow*, alegando una ligera indisposición. Yo salí a dar una vuelta por la ciudad.

Era la típica capital de ninguna parte, cuarenta o cincuenta mil habitantes, un amplio núcleo de civilización, calles anchísimas,

muchas tiendas y establecimientos en el centro y, alrededor, varias zonas de suburbios residenciales. La gente parecía moderadamente próspera a excepción de unos cuantos a quienes se les veía exageradamente prósperos. Parecían conocerse todos los unos a los otros. Se saludaban en la calle, se detenían a conversar, se preguntaban por sus respectivas familias.

Gladstown. A town a family, recordé.

Comí fuera, llamé al motel para cerciorarme de que Timmy estaba bien y, por la tarde, me entretuve un poco flirteando con cierta dependienta de unos grandes almacenes. La cosa no prosperó (en parte debido a la brusca aparición del novio de la citada), y, entre una cosa y otra, cuando regresé al motel ya había oscurecido.

Y Timmy no estaba en la habitación.

CAPÍTULO III

Cuando volvió, a las once de la noche, llevaba un paquete bajo el brazo. Era del tamaño de una caja de zapatos, y el papel que lo envolvía, al igual que las manos de Timmy, estaba manchado de tierra.

—Algunos efectos personales —me explicó con aire culpable, sin que yo le preguntara—. Cosas que dejé en la ciudad cuando mi familia y yo nos fuimos.

—¿*Enterraste* tus efectos personales? —No me lo creía. Claro que no.

Timmy suspiró:

—Es dinero, Indy. Dinero que tenía escondido y que me servirá para empezar a montar mi empresa. —Yo hubiera jurado que mentía de nuevo. Timmy se apresuró a cambiar de tema—: Por cierto, gracias por acompañarme. Mañana, a las siete, sale un autobús de la Greyhound hacia Phoenix.

—¿Me estás pidiendo que me vaya?

—Eso es —contestó impertérrito. Y, acto seguido, trató de justificarse con variados argumentos.

Que si yo debía seguir mi propio camino, que si él quería estar solo para montar su empresa…

Yo no le escuchaba. Su actitud me parecía cada vez más incoherente y sospechosa: Primero me pedía que le acompañara a Gladstown y, una vez en Gladstown, me urgía a que me marchara. Aquello no tenía sentido.

O sí lo tenía: Timmy se había servido de mí para que nadie se enterara de su llegada a Gladstown. Había sido yo quien hiciera las reservas en el motel… y con un nombre que no era el suyo.

Decidí cambiar de táctica: No más preguntas, no más dudas. Le

dije que sí, que de acuerdo, que también yo estaba pensando en irme y que nos mantendríamos en contacto, desde luego. Al día siguiente salí un par de horas por la ciudad, mientras él se quedaba en la habitación vigilando su paquete, que había escondido bajo la cama. A las seis y media de la tarde insistió en acompañarme a la terminal de autobuses.

Dioses, ver para creer. Quería asegurarse de que me iba.

Tenía su paquete bajo el brazo y una bolsa de plástico en la mano, cuando nos despedimos.

—Espero que tu empresa pronto cotice en bolsa —le dije—. Pienso comprar acciones.

—Indy… —dijo él. Y se le quebró la voz, sobrepasado por la emoción y, alarmado, me di cuenta de que estaba conteniendo a duras penas las lágrimas—. Gracias por todo. De verdad. Muchas gracias —por un momento pareció que quería añadir algo, pero se lo pensó mejor y dio media vuelta.

—¡Que nos vamos! —rugió el conductor del autobús.

Me senté en la primera fila y miré atrás. Timmy contemplaba la partida del autobús desde la entrada de la terminal.

Enfilamos una calle lateral, giramos para meternos en la principal y Timmy desapareció de mi vista.

Y yo de la suya.

—¡Pare! —le dije al conductor.

—¿Qué?

—Que me lo he pensado mejor. Que me apeo.

—Perderá el importe del pasaje. No se admiten cambios ni cancelaciones, una vez el autobús se ha puesto en marcha.

—Ya lo sé. *Pare.*

Me apeé en la calle principal; el autobús siguió viaje sin mí, y yo retrocedí un par de calles hasta divisar la figura contrahecha de Timmy, apresurándose con su bolsa y su paquete.

Se disponía a hacer una tontería, estaba seguro. Se subiría a una azotea y acribillaría desde allí a sus conciudadanos, o pondría una bomba en un supermercado, o tal vez planeara simplemente suicidarse. Fuera lo que fuera, yo estaba dispuesto a impedirlo.

Le seguí hasta los estudios de la televisión local. Había un numeroso grupo de gente ante la verja de entrada. Antes de que pudiera hacer nada, el portero abrió la verja y el grupo en el que se

había infiltrado Timmy, entró en los estudios. Cuando llegue yo, el portero ya estaba procediendo a cerrar lo que había abierto.

—Lo siento, no podemos admitir a nadie más —me informó—. Eran ciento veinte plazas, y ya están cubiertas.

No sabía exactamente de qué me hablaba, pero imaginé que se trataría del público invitado a un *show* en directo. Por suerte, recordé que llevaba conmigo una credencial del *New York Times*, gentileza de mi amiga. Zenna Davis.

—Ah, eso es otra cosa —musitó reverencialmente el portero. Y me dio un pase de prensa y me franqueó el paso.

No me había equivocado. Se trataba de un programa en directo, concretamente, del famoso *show* de Jimmy Reed que, excepcionalmente, se emitía aquella semana desde Gladstown para todo el país, a través de una de las grandes cadenas nacionales. El motivo de esta emisión era que Gladstown acababa de ser elegida como «La Ciudad Ideal de los
U. S. A.».

Los espectadores ya se habían sentado y un regidor, provisto de un megáfono, procedía a cómo y cuándo debían aplaudir, reírse o mantenerse modositos y callados.

Pero Timmy no estaba entre el público. Había desaparecido.

Recorrí de punta a punta el inmenso local del estudio, buscándole en vano. Estaba empezando a ponerme nervioso. *Sabía* que se había escondido en alguna parte. Todo encajaba: El día en que iba a proclamarse a Gladstown como La Ciudad Ideal, él actuaría. De una manera u otra. Estaba buscando la mayor publicidad posible para su venganza.

—Manténgase quieto y en silencio, por favor —me pidió educadamente un guarda de seguridad—. El programa está a punto de empezar.

Se encendieron los focos; alguien gritó: «¡En el aire!», y apareció Jimmy Reed, presentando el número inicial: un *ballet* moderno.

Yo me aposté detrás de una de las cámaras, cada vez más inquieto.

Después del *ballet*, vino la primera entrevista, con Charles Patterson, próspero banquero local, recientemente elegido alcalde, que glosó con sentidas palabras «el ejemplar sentido de hermandad y convivencia de nuestra comunidad», poniéndola como ejemplo a

seguir por otras ciudades no tan pacíficas.

La gente aplaudió entusiasmada.

Charles Patterson dio paso a un grupo de *folk* local, llamado *The Ktimbaya's*, que interpretó canciones tradicionales. Eran tres chicos y tres chicas, todos guapos, repeinados y encantadores. Tanta almibarada perfección le ponía a uno un poco nervioso.

Y yo seguía sin descubrir dónde se había escondido Timmy.

Ahora, Jimmy Reed entrevistaba a los cantantes, poniéndolos como ejemplo fehaciente de la juventud local. Uno de ellos se apellidaba Boyle y otro Ford. Los Boyle, los Ford y los Patterson, pensé. Ya habían salido todos en el programa.

Era el turno de Timmy.

Surgió de las sombras inesperadamente, descolgándose con unas cuerdas de una pasarela de foquistas y aterrizando sobre la mesa del atónito Jimmy Reed. Llevaba una pistola en la cintura, una careta antigás, cubriéndole el rostro, y *un matraz en la mano*. El matraz estaba lleno de un líquido amarillento, en el que flotaban pequeñas partículas blancas.

Gritó:

—¡Es la bestia, y la bestia despertará en Gladstown! ¡Pregunten a Floyd Whitaker!

—¡No, Timmy! —grité yo. Pero mi voz quedó confundida entre los gritos del público y los aullidos de los guardias de seguridad.

Rompió el matraz contra la mesa.

Todo fue muy rápido. Yo corrí hacia él; los guardias de seguridad no se atrevieron a dispararle por miedo a darle a Reed, y él, en cambio, sí lo hizo, destrozando varios focos y dejando el estudio sumido en la penumbra. Y, mientras todo eso ocurría, un olor acre y desagradable se expandía por todo el local.

No pude acercarme a él. Le perdí en el barullo histérico que se organizó en cuestión de segundos. Le perdieron también los guardias de seguridad que media hora después, con el programa interrumpido y anulado, tuvieron que aceptar el hecho de que se les había escapado.

La confusión era terrible. Nadie sabía qué era Whitaker. Acudió la policía y los espectadores y periodistas fuimos desalojados después de que nos tomaran, uno a uno, los datos personales.

—Un chalado —comentaba la gente a mí alrededor.

—Era Timmy Estévez —dijo alguien—. El hijo de los Estévez; los que se marcharon hace diez años…

—Siempre sospeché que estaba mal de la cabeza…

Yo me fui al motel. Timmy no había regresado al *bungalow*. En recepción, el propietario y su esposa comentaban los acontecimientos.

—¿Tienen un teléfono? —les interrumpí—. Debo hacer una llamada urgente a Nueva York —pensaba interrogar a Zenna Davis sobre el tal Whitaker.

El propietario negó con la cabeza. Era un viejo de ojos acuosos y pupilas descoloridas.

—Imposible. No funciona.

—Está bien —me impacienté—. Dígame dónde puedo encontrar otro.

—No me ha entendido. Se ha cortado el teléfono en toda la ciudad. Lo han dicho por la radio local. Debe tratarse de una avería muy gorda.

Una avería, pensé. Bien, ¿y por qué no? Algo se habría estropeado en la central. No creí que a Timmy le hubiera dado por volarla a bombazo limpio.

No podía hacer nada, salvo esperar. Esperar a que Timmy volviera (si volvía) esperar a que el servicio telefónico quedara restablecido, esperar a que por radio o TV dieran algún tipo de información suplementaria sobre lo ocurrido en los estudios o sobre el paradero y la suerte de mi amigo.

Me fui al *bungalow* y puse la tele. Estaban pasando el vídeo del sabotaje de Timmy. En un momento dado, la cámara había captado un primer plano del matraz roto. El pestilente líquido amarillento se derramaba sobre la mesa y caía al suelo. Reprimí un estremecimiento. Me estaba poniendo francamente aprensivo.

Luego dieron un noticiario y se refirieron a lo del teléfono. El director técnico de la central de Gladstown confesaba desconocer por completo las causas de la avería. Era ajena a la central «¿por qué no llama a los servicios técnicos de Phoenix y lo preguntan?», le interrumpía en ese momento, chistoso, el periodista. Pero el entrevistado parecía inquieto y daba la impresión de estar guardándose algo para sí. O eso me pareció. Tal vez, de la

aprensión, estaba pasando a la paranoia.

Pasaron dos horas sin nuevas noticias. Volví a recepción por si ya había posibilidad de llamar. No la había.

Regresé al *bungalow*. El motel estaba edificado sobre un promontorio, con vistas a la ciudad. Me detuve en la puerta, encendí un cigarrillo y contemplé Gladstown, a mis pies.

Eran las diez de la noche de un viernes. Desde mi posición, podía advertir el modesto bullicio en las calles del centro, las luces de los coches de los que habían salido a divertirse, el aire provinciano y feliz de aquel remanso de paz.

Gladstown, una ciudad, una familia. La ciudad ideal del país.

Me fui a dormir.

Poco después, me despertaban los alaridos.

CAPÍTULO IV

Primero pensé que se habría producido una trifulca. El marido que sorprende a la esposa y al amante in fraganti en un *bungalow*, o algo así. Pero éste suele ser un asunto de tres, y yo, en cambio, podía distinguir una docena de voces, en diversos grados de histeria. Decidí salir a investigar.

Alrededor del mío, todos los *bungalows* tenían las luces encendidas y, algunos, la puerta abierta. Muchos de sus ocupantes habían salido. Al ver lo que estaban haciendo, no tuve más remedio que pellizcarme, por si soñaba. No parecía real.

Una señora mayor rezaba postrada de rodillas en el suelo, sin que nadie le hiciera el más mínimo caso. Una chica en ropa interior sollozaba junto a un árbol. A lo lejos, alguien corría y gritaba incoherencias. Un fulano provisto de una silla, procedía a destrozar, en pleno ataque de furia, todas las ventanas de su *bungalow*, sin que el propietario del motel, sentado en el bordillo de la acera con la mirada ausente, se dignara a decirle nada.

—¡Ciudad de mierda! —chillaba el fulano—. ¿Quién demonios me mandaba parar a dormir aquí? ¿Quién?

CRASH, CRASH, CRASH, saltaban fragmentados los cristales.

Me acerqué al propietario y le hice la pregunta de rigor: *¿Qué diablos está ocurriendo*? En alguna parte, alguien, entre sollozos, aullaba: «*¡No es verdad, no es verdad*!».

—¿No lo sabe aún? —contestó el viejo, ausente—. Pruebe a enterarse por la televisión.

Volví al *bungalow* y puse en marcha el aparato. Estaba hablando el Presidente, desde el despacho oval de la Casa Blanca. Leía un mensaje a la nación. En mi vida le había visto tan serio.

—… por tanto, nos hemos visto en la dolorosa necesidad de

poner en cuarentena a la ciudad de Gladstown. A estas horas, diez batallones de la Guardia Nacional han cortado ya todos los accesos, en un radio de seguridad de cuarenta quilómetros a la redonda. La zona está completamente rodeada. Los soldados tienen orden de disparar sin avisar contra cualquiera que intente abandonar la zona. En caso de eventuales intentos de fuga con vehículos, se utilizará armamento pesado. Debo pedir calma a los ciudadanos de Gladstown. Aun en su gravedad, aún es posible que podamos resolver satisfactoriamente el problema. Hago un llamamiento a los corazones, a la capacidad de sacrificio y a la fe de estos ciudadanos que ya han dado ejemplo de sensatez en el pasado. Dios os bendiga.

Una mirada tétrica del Presidente y las notas del himno nacional, ponían fin a la emisión. A mí se me había puesto la piel de gallina. Empezaba a comprender de qué iba el asunto.

Volvieron a pasar la grabación enseguida (lo habían estado haciendo continuamente desde hacía casi una hora, según supe después) y mis sospechas se confirmaron plenamente.

Unos tres años atrás, explicaba el Presidente, un científico de ciertos laboratorios microbiológicos oficiales (o sea: centros paramilitares donde se experimentaba con vistas a la consecución de armas bacteriológicas, traduje yo) había desaparecido llevándose muestras de un poderosísimo virus, conocido como «La Bestia» (*Dioses*, exclamé). La resistencia del virus era enorme. Se propagaba con igual o más facilidad que el de la gripe, no siendo necesario un contacto íntimo para contagiarse. Tras un período de incubación de unas tres-cuatro semanas, durante el cual no había síntomas, La Bestia ocasionaba una mortífera enfermedad sobre la que el Presidente se abstuvo de dar más detalles. Si el virus se propagaba libremente, en un corto plazo de tiempo, las víctimas se contarían por decenas de millones en todo el mundo.

El resto ya lo imaginaba. El científico era Timmy Estévez, en un ataque de locura (o de rencor, corregí yo) había roto el matraz con el virus en su caldo de cultivo en Gladstown. Muchas de las personas presentes en los estudios de TV estarían contagiadas a estas horas (*Dioses, dioses)*… y contagiando a sus conciudadanos. El interés superior de la nación hacia imprescindible cortar esta cadena. De ahí el rapidísimo cerco impuesto a Gladstown.

De pronto, todo me cuadraba, todo ligaba y adquiría sentido.

Pero maldita la gracia.

Timmy había querido que las cosas ocurrieran así, y no de otra manera. Por eso liberó el virus ante las cámaras de televisión. Por eso gritó el nombre de Whitaker (probablemente, el científico jefe de los laboratorios bacteriológicos). Porque su intención era la de provocar el cerco, dejar a los ciudadanos de Gladstown desesperados y aislados del mundo.

Ahora se vería si era o no era una ciudad ejemplar.

Y, dioses, por eso estaba tan empeñado en que yo me fuera, por eso acudió a presenciar la partida del autobús. Porque era mi amigo y no quería perjudicarme.

Salí de nuevo al exterior. Allí continuaba la fiesta: Gente que lloraba, gente que gritaba, gente que deambulaba con la mirada perdida. En alguna parte, más o menos hacia el centro de la ciudad, sonó una explosión. Ahora, las calles de Gladstown estaban siendo recorridas por coches de policía. Me pregunté durante cuánto tiempo serían capaces de mantener el orden.

¿Dónde estaría Timmy? Lo imaginé escondido en algún lugar, asistiendo al éxito de su venganza.

Me hubiera gustado poder hablar con él, pero ahora va sabía que no volvería al hotel. No podía exponerse a dejarse ver. Porque si lo reconocían, le lincharían de inmediato. Timmy. ¿Estaría él también contaminado o dispondría de un antídoto? Esta posibilidad me pareció vagamente esperanzadora.

Al día siguiente supe que no había antídoto ni cura posible.

Ya habían dejado de reponer el mensaje del Presidente en televisión pero, en cambio, las grandes cadenas nacionales emitían continuamente informativos monográficos sobre el tema. Entrevistaban a un científico, el doctor Whitaker:

—Sí, hay esperanzas… —Mentía el hombre—. Estarnos trabajando en un antídoto, una vacuna, una cura. Tal vez, en un breve plazo de tiempo…

—¿Antes de que pasen las cuatro semanas y todos los habitantes de Gladstown enfermen? —Quería saber el periodista.

—Es posible. Hay indicios esperanzadores. No debemos tirar la toalla. Debemos tener fe.

No se lo creía Whitaker, no se lo creía el periodista, *no se lo creía nadie*. Dioses, debían llevar al menos tres años buscando esa vacuna

sin encontrarla. ¿Cómo iban a conseguirlo ahora en unas semanas?

Debemos tener fe.

Las iglesias de Gladstown estaban llenas a rebosar de creyentes enardecidos de fe. Rezaban y cantaban con voces trémulas *por* el terror, exigiéndole a su dios (cualquiera que fuera) que les solucionara la papeleta.

Los coches de policía seguían patrullando por las calles. De madrugada, había habido saqueos y rapiñas en varios centros comerciales. A primera hora de la mañana, alguien había salido de su casa disparando con un rifle automático y se había cargado a doce personas antes de suicidarse. Se hablaba de unos doce suicidios más. Se decía que Ralph Boyle se había presentado en casa de su apreciado conciudadano Elías Patterson y le había pegado un tiro.

—Te has estado tirando a mi mujer durante años, cerdo —le dijo, según testigos presenciales—. ¿Crees que no lo sabía?

—Y si lo sabías, ¿por qué no decías nada? —contestó el otro, lívido.

—Porque necesitaba los créditos de tu asqueroso banco. Pero ahora ya nadie necesita nada.

Y se lo cargo.

Muchos establecimientos comerciales estaban cerrados. La gente se congregaba en los bares y miraba la televisión en silencio, esperando la noticia milagrosa.

Pero las noticias eran malas. Con el ánimo evidente de disuadir a quienes planearan intentarlo, las emisoras nacionales pasaban reportajes de «la frontera», el cerco. Se veía a ciudadanos que trataban de romperlo, siendo abatidos sin contemplaciones. Unos lo intentaban en la autopista, en un camión tráiler lanzado a toda velocidad. Se oía un silbido y un misil tierra-tierra pulverizaba el vehículo.

A mediodía, hubo momentos de pánico generalizado cuando varios bombarderos del ejército sobrevolaron la ciudad. Corrió la voz de que las autoridades querían borrarla del mapa, y hubo quién se subió a las azoteas para disparar contra los aviones. Por fin, éstos se limitaron a lanzar suministros y provisiones en paracaídas. Hubo peleas y reyertas para hacerse con las cajas.

La situación empeoró conforme avanzaba la tarde. De nuevo

hubo saqueos y rapiñas en los comercios, y esta vez la policía ya no intervino. Algunos agentes, en cambio, se sumaron a las rapiñas. Se produjeron tiroteos, por estas y otras causas (vi a un fulano disparando contra una mujer «porque se le había acercado demasiado y le iba a pasar el virus»). Personas que unos días antes se saludaban sonrientes y se preguntaban por sus familias, ahora se mataban por naderías.

En el resto del país, también ocurrían cosas. En televisión dieron la noticia de que un grupo de linchamiento compuesto por honrados ciudadanos de Stonefield, estado de Washington, en la otra punta del país, habían acribillado a los ocupantes de un coche con matrícula de Gladstown (por si acaso).

—Pero esta gente no podía estar en Gladstown cuando empezó todo —razonaba el periodista de la CBS, entrevistando a uno de los cabecillas del grupo.

—Nunca se sabe, hijo, nunca se sabe. —Contestaba el otro.

Al caer la noche, Gladstown se convirtió en un infierno. Sonaron explosiones, se cortaron todas las comunicaciones a excepción de la radio y empezaron a producirse incendios. A esas horas, la mayoría de los comercios (y *todas* las armerías y las tiendas de licores) habían sido ya saqueados. Grupos de borrachos recorrían las calles en vehículos lanzados a toda velocidad, disparando contra los escaparates, los rótulos luminosos y las fachadas y ventanas de las casas particulares. Entre esos gamberros desesperados reconocí a varios respetables próceres de la ciudad.

Yo mismo me había provisto de un rifle automático que unos saqueadores se habían olvidado en una armería expoliada. No obstante, no pensaba intervenir. ¿Para qué? Aquella gente había enloquecido, y no se podía hacer nada por remediarlo. Perderían la dignidad y destaparían la impostura de su «convivencia ejemplar» al mismo tiempo que perdían sus vidas, asesinados o víctimas de La Bestia. Tal como lo había previsto y planeado Timmy.

Timmy. Ojalá supiera dónde se escondía. Ojalá pudiera encontrarle y hablar con él. Porque yo tampoco tenía ganas de morir a manos de un enemigo invisible, microscópico. Porque tan sólo él podía tener el remedio, si es que ese remedio existía.

Lo busqué vagando por las calles, aun a sabiendas de que no daría con él. Estaría escondido en algún lugar, asistiendo al

espectáculo, ignorante de que, su mejor amigo, había quedado también atrapado en su trampa.

A las doce de la noche, desistí y decidí regresar al motel. Al estar relativamente alejado del núcleo de la ciudad, el lugar parecía relativamente seguro.

Atravesaba una de las zonas suburbiales cuando le vi. No a Timmy.

A *Cachas* Cameron.

CAPÍTULO V

Fue una visión fugaz. Un *jeep* cruzó a toda velocidad por una calle lateral y, aun en la oscuridad, distinguí la silueta enorme e inconfundible de mi enemigo.

Me quedé clavado en la acera, parpadeando. ¿Qué hacía Cameron en la ciudad? ¿Cómo y por qué había llegado?

Había podido escapar de El Matadero tras el motín, de acuerdo. Pero ¿por qué se había dirigido a Gladstown? ¿Venía a por mí, con la intención de vengarse? Pero ¿cómo diablos había podido saber en tan poco tiempo que yo me dirigiría a esa ciudad? Su llegada tuvo que producirse por fuerza la víspera, antes de que Timmy lo empezara todo en el plató de televisión y las carreteras fueran bloqueadas.

No podía entenderlo. Mis neuronas se negaban a encontrar una respuesta y agitaban, en cambio, banderas blancas en señal de rendición.

Un rumor de motores y risas borrachas me sacaron de mis cavilaciones. Rápidamente, me escondí tras un árbol.

Un turismo y un camión, ambos vehículos repletos de gamberros enardecidos por el alcohol y armados hasta los dientes, treno bruscamente ante la verja de una casa. Saltaron unos cuantos y corrieron hacia la casa, disparando y gritando. Forzaron la puerta y entraron. Oí más disparos, y gritos.

Cuando salieron, unos minutos después, llevaban consigo su botín: Cuatro mujeres, a tas que arrastraban sin miramientos, arrancándoles la ropa en plena euforia. La más joven no debía pasar de los catorce años.

—¡A vivir, que son cuatro días! —gritaba una de aquellas bestias alcoholizadas.

—¡Por favor, haré lo que queráis; pero dejad a la niña! —suplicaba una de las mujeres.

—¡La dejaremos… como nueva!

… todo ello en medio de un coro de risas. Risas salvajes, histéricas, desesperadas.

Yo no podía quedarme impasible ante una cosa así. Además, condenado a muerte como estaba, tampoco tenía demasiado mérito hacerse el héroe. Parapetado tras el árbol, hice puntería con el fusil.

¡ZAMBRB!, y le reventé la cabeza a uno.

Hubo unos instantes de desconcierto, que aproveché para hacer dos nuevos blancos. Una de las chicas quedó libre y echó a correr. En alguna parte, alguien disparó, alcanzándola de lleno.

La próxima ráfaga fue a por mí. Tuve que tirarme al suelo y, mientras lo hacía, metieron a dos de las chicas en el coche y huyeron a toda velocidad.

A la otra, intentaban meterla en el camión. Disparé de nuevo, acertándole al que la tenía sujeta. La chica echó a correr, y esta vez me preocupe de cubrir la huida. Los del camión debieron pensar que no valía la pena jugarse la vida por una tía (habiendo tantas como había a las que secuestrar y violar) y decidieron emprender la fuga en su vehículo.

—¡Aquí! —le grité a la chica—. ¡Tírate al suelo!

El camión arrancaba. Le di unos segundos para que tomara velocidad…

… y entonces disparé contra el conductor.

Diana.

El vehículo a la deriva se estrelló contra una pared y se incendió. A los que trataban de escapar, les abatí uno a uno.

La chica estaba junto a mí, sollozando, despeinada y con las ropas arrancadas de cintura para arriba. Aparentaba unos veinticuatro años.

—¡Se han llevado a Jill y Ruth! —Hipaba, histérica—. ¡Dios mío, se las han llevado!

—Cálmate. Ya no se puede hacer nada.

—¡Pero es que eran amigos, les conocíamos! ¡Entre esa gente estaba Charles Patterson, el alcalde…!

Me encogí de hombros:

—Es La Bestia, que ha despertado. Ya no se puede hacer nada —

repetí. Y, al decir eso, sentí como si se encendiera una lucecita en mi cerebro. Una lucecita muy tenue, apenas un microwatio, pero que parecía sugerir algo: «Es La Bestia, que ha despertado», me repetí mentalmente.

La chica se había quedado mirándome como atontada.

—Y tú, ¿quién eres?

—No soy de la ciudad —explique—. Pasaba por aquí cuando empezó todo y quede atrapado, Supongo que es mala suerte.

—No, no es mala suerte… Nosotros tenemos la culpa de lo que está ocurriendo. *Yo tengo la culpa*. Yo y muchos otros. Todos los que empujamos a ese pobre desgraciado hacia la locura.

—¿Te refieres a Timmy Estévez?

—Sí, Estudié con él en el Instituto. Yo formaba parte de un grupo que le gastó una terrible broma… no vale la pena entrar en detalles. Pero ahí empezó todo. Ahora estamos pagando el precio… —Y echó a llorar de nuevo.

Le pregunté su nombre. Eileen Ford. Dioses, los Ford, los Patterson, los Boyle y la cara abrasada de Timmy. Aquel día lejano, diez años atrás, cuando se sembraron vientos en el laboratorio de prácticas y en la mente de Timmy empezó a gestarse la tempestad. La génesis de La Bestia.

¡Dioses, La Bestia!

… la lucecita de un microwatio se convirtió en un foco cegador de 1000 watios y lo vi todo claro.

«… algún día despertará la bestia que llevan dentro, se convertirán en los animales que realmente son y, cuando haya pasado todo, tendrán que vivir con ello el resto de sus vidas. Ése será su castigo», me había profetizado Timmy en El Matadero.

Cuando haya pasado todo, tendrán que vivir con ello el resto de sus vidas. Ése será su castigo.

No podrían vivir si desarrollaban la mortífera enfermedad provocada por el virus. *Por tanto, Timmy debía de tener la vacuna.*

Y de alguna manera, no sabía cómo, la presencia de *Cachas* Cameron en la ciudad estaba relacionada con el plan de Timmy. Eso era una intuición, claro. La intuición más fuerte que he tenido en mi vida.

Si pudiera encontrar a Timmy…

Agarré a la chica por los hombros.

—Tú conocías al muchacho, ¿no?

—Éramos compañeros de instituto, ya te lo he dicho —se había serenado un poco—: ¿Puedo venir contigo?

—Como quieras. —Entramos en la casa, para que pudiera recoger ropa. Mientras se vestía, seguí interrogándola—: ¿Sabes dónde vivía?

—En Tricky Street. El banco vendió la casa, cuando se fueron él y su familia. Antes de que se interrumpieran las emisiones de radio local, he oído que la habían quemado.

—¿Estaba él allí?

—No. Nadie parece saber dónde se ha metido…

—Ponte en su lugar. ¿A dónde irías si quisieras esconderte sin dejar la ciudad?

Me miró atónita:

—¿Le estás buscando?

—Más o menos. Tal vez tenga una vacuna. O tal vez me equivoque, pero me gustaría hablar con él.

Eileen hizo un esfuerzo por recordar.

—Timmy solía dar largos paseos por los alrededores de la ciudad. En parte, lo hacía para recoger plantas, y, en parte, para demostrarse a sí mismo y a todos que su cojera no le hacía un inútil. Creo que tenía un refugio, ahora que lo pienso. Una vez llevó a Jane Davison allí… fue otra de las asquerosas burlas que tuvo que sufrir.

Se entretuvo entrando en detalles: Jane era una chica muy atractiva y muy ligera de cascos. Se ligó a Timmy por una apuesta. El la llevó a su refugio y, una vez allí, la chica le dijo que quería acostarse con él porque ya lo había probado con un blanco y con un negro y ahora quería ver qué tal resultaba con un tullido. Muy gracioso, como se ve.

—… pero Jane se fue de la ciudad hace años —concluyó Eileen —, y yo no recuerdo exactamente donde estaba ese refugio. Sé que era en las afueras, en las peñas que quedan detrás del motel… ¿Tienes un vehículo?

—Hay una camioneta Ford en el garaje.

Nos fuimos en el Ford. Antes de salir, recogí un par de rifles que habían quedado en el jardín y la acera. Tal como estaban las cosas, podía llovemos plomo de cualquier parte, y era mejor andar

prevenido.

Llegamos al motel sin contratiempos y seguimos por una carretera secundaria que no tardó en convertirse en camino y, después, en desaparecer. Aún pudimos avanzar unos metros antes de que el terreno se hiciera impracticable.

Y donde tuvimos que parar la camioneta, había también otro vehículo detenido. El *jeep* que conducía *Cachas* Cameron.

La cosa se ponía interesante. Las piezas empezaban a encajar en el rompecabezas. Aún no podía ver el dibujo que componía, pero comenzaba a imaginarlo.

—Procura no hacer ruido —le dije a Eileen cuando bajamos de la Ford—. No somos los únicos que estamos buscando a Timmy.

Nos hallábamos ante una gran masa de peñas, como árboles gigantescos surgidos de una tierra casi estéril, paisaje típico de la zona y de muchas películas del
Far-West.
La luna llena proyectaba sombras inquietantes sobre nosotros. Con las linternas apagadas y los rifles listos en la mano, avanzamos precavidamente por un pequeño desfiladero entre las rocas.

El camino daba una cuantas vueltas, sorteando rocas y acababa desembocando en un pequeño claro, donde se advertía la forma de una mísera cabaña, apoyada contra la roca, las paredes de madera y el techo de chapa ondulada.

—Es aquí, ahora lo recuerdo —susurró Eileen—. Jane me habló de esta cabaña.

Y en el mismo momento sonó un disparo, y al disparo le siguió un estertor agónico.

Llegábamos tarde. *Cachas* Cameron acababa de disparar contra Timmy.

CAPÍTULO VI

—¡Timmy! —exclamé inconscientemente. Tanta precaución, tanto andar con las linternas apagadas y sin hacer ruido, y ahora se me escapaba un grito delator. Magnífico.

—¡*Indiana James*! —rugió el vozarrón de *Cachas* desde el interior de la cabaña. El tipo tenía buen oído.

Y también buenas piernas, como demostró al salir corriendo a toda velocidad, acribillando las rocas con ráfagas de una ametralladora antiaérea que sostenía en sus manos enormes como si fuera una pistola de agua.

Nos tiramos rápidamente al suelo. Los proyectiles abrían boquetes en las rocas, sobre nuestras cabezas. Yo preparé mi fusil y eche un rápido vistazo al claro, dando por sentado que *Cachas* no cejaría hasta dejarme convertido en algo que se pudiera escurrir cómodamente por un pasapurés.

Por eso, cuando vi que el ogro *huía* en vez de seguir atacando, pensé que me estaba fallando el sentido de la vista.

Pero así era. *Cachas* Cameron trotaba entre las rocas alejándose a toda velocidad. Había tirado la ametralladora (seguramente ya sin munición) y llevaba una «Magnum» en las manos y un zurrón colgado del hombro. Por un instante, le tuve en el punto de mira de mi fusil. Pude haberle matado cómodamente. Pero he visto demasiadas películas de tiros en mi vida, y en ellas he aprendido que los villanos que matan por la espalda suelen acabar mal antes que salga el *The End*. En otras palabras, que me dio un repelús, un no sé qué. O tal vez fue una afortunada premonición, como se vería más adelante.

El caso es que perdí la oportunidad y el ogro desapareció tras las rocas. Y que, apenas un par de minutos después (para entonces ya

estaba en el interior de la cabaña), oí el motor del *jeep* y me maldije una y mil veces por no haberle inutilizado el vehículo cuando tuve la oportunidad, como mandan los cánones y el sentido común.

Como digo, para entonces ya estaba en el interior de la cabaña. Porque lo primero es lo primero.

Timmy no estaba muerto. *Cachas* Cameron le había disparado en el estómago con la pistola, y aunque perdía sangre rápidamente, aún conservaba la conciencia y la capacidad de sorpresa.

—*¿Indy, qué demonios haces aquí*?

—Es largo de explicar. ¿Qué buscaba Cameron? ¿El antídoto? ¿Se lo ha llevado?

Entre Eileen y yo le habíamos trasladado a una cama. Gimió sordamente.

—No hay antídoto ni vacuna… No existe nada que pueda detener a La Bestia…

—Entonces… —me sorprendí.

—La Bestia. Se ha llevado La Bestia.

—¿Qué? —Ahora sí que no entendía nada.

—Se ha llevado a La Bestia, y hará una tontería, y *la humanidad desaparecerá de la faz de la Tierra, Indy*…

En ese momento fue cuando retumbó el motor del *jeep*.

—Si no me equivoco, *tú* liberaste a La Bestia en los estudios de televisión.

—Eso no era La Bestia. No era nada. Algo que se le parecía. Un placebo, Indy…

Perdía sangre a borbotones, a pesar de que Eileen hacía lo que podía por contener la hemorragia con un trapo. Iba a morir, y lo sabía, pero no le importaba. Quería hablar, explicármelo todo antes de que le llegara el momento.

—… hace tres años que la CIA y todos los servicios secretos de este país me estaban buscando —proseguía—. Soy una persona fácil de recordar e identificar, Indy… Sabían que tenía a La Bestia y, por tanto, cuando me vieron en televisión, rompiendo el matraz *lleno de un líquido que era idéntico al caldo de cultivo de la Bestia*, llegaron rápidamente a la conclusión de que se trataba del virus. Pero no era el virus, Indy. No era nada. Una simple imitación. Yo sólo pretendía que hicieran lo que han hecho… cercar la ciudad, dejar a los habitantes de Gladstown enfrentados los unos con los otros y

consigo mismos… Ésa era mi venganza…

—*¿Entonces nadie está contagiado?* —musitó Eileen con los ojos muy abiertos.

Timmy sonrió:

—La gente de Gladstown siempre ha estado contagiada. Tienen una enfermedad que se llama «egoísmo», y otra igualmente terrible conocida como «hipocresía». Con la primera ocultaban la segunda, pero ahora han tenido que mostrarse como son realmente…

Bien, me dije. Hasta aquí podía entenderlo. Era cuestión de esperar a que pasaran las cuatro semanas del supuesto período de incubación y ver que no aparecía la enfermedad. Tarde o temprano se restablecería el orden. Pero había algo que me inquietaba, y mucho.

—¿Has dicho que *Cachas* Cameron tiene La Bestia?

El rostro de Timmy se ensombreció:

—Sí… me la ha quitado. Yo guardaba el virus auténtico en esta cabaña. Y él se lo acaba de llevar, y va a hacer una barbaridad…

—Pero ¿cómo sabía que lo tenías? ¿Por qué ha venido a Gladstown?

—Mi diario, Indy. El que perdí en El Matadero. Tenía todos mis planes anotados allí. Él lo encontró… Se lo ha llevado en el zurrón. —Yo recordé; cuando estuve a punto de dispararle a Cachas y me estremecí. Timmy hizo un esfuerzo. Cada vez le costaba más hablar—: Planea llevarlo a Nueva York y extorsionar al Gobierno pidiendo una gran cantidad de dinero por él… si no se lo dan, romperá el frasco… Ese hombre es un loco y un ignorante, Indy. No sabe lo que tiene entre manos. Si no lo detienes, acabará haciendo una barbaridad…

—No podrá salir de Gladstown —dijo Eileen—. La ciudad está completamente cercada.

—Ya lo sé… pero unas millas antes del cerco, en Boca Fargo, hay una cueva. Una serie de galerías subterráneas que recorren más de diez millas bajo tierra. Yo la descubrí y la recorrí cuando tenía Catorce años… Hacía este tipo de cosas peligrosas para demostrarme que era capaz de valerme por mí mismo… *Cachas* Cameron sabe de esta cueva. Encontró el plano en mi diario. Entrará por un lado y saldrá por el otro… *detrás de la barrera*…

Dioses, aún me duraba el alivio de saber que no estaba

contagiado y Timmy me daba una noticia mil veces peor. En manos de un ser primitivo como *Cachas* La Bestia era una bomba de nitroglicerina que podía estallar al menor soplo de viento.

—¿Sabes dónde está Boca Fargo? —le pregunté a Eileen.

—Es una cantera como ésta, hacia el norte. Pero la zona es muy amplia…

—Busca debajo de una roca en forma de puño. —Dijo Timmy con un estertor—. Allí está la entrada… ¡Indy! —De pronto, se había puesto completamente lívido. Les ojos le brillaban como brasas y su mano, crispada sobre la mía, ardía—: Tú eres mi amigo, ¿no?

—Claro, Timmy. Tú lo sabes,

—… detén a *Cachas*. Destruye a La Bestia. No quiero morir con ese cargo sobre mi conciencia.

—Lo haré, Timmy. Tienes mi palabra.

Abrió la boca para decir algo, pero sólo consiguió articular un débil gemido.

Un segundo después estaba muerto.

Suspiré. Tal vez fuera lo mejor para él. No existe ninguna ley física que impida a una persona deforme llevar una vida normal, ser feliz, o al menos intentarlo como lo intentamos lodos. Pero hay otras leyes, no escritas pero presentes en el ánimo de mucha gente, que le condenan a la burla y a la soledad. La cretinidad, la mamarrachería y la idiotez profunda de sus conciudadanos habían acabado con Timmy muchos años antes de que muriera físicamente. Le habían enloquecido, le habían arrastrado a una venganza tan injustificable como comprensible para quien, como yo, conocía su historia.

Eileen lloraba.

—Ya es larde para lamentarse —le dije. Y le di un fusil—: Quédate aquí. No te muevas para nada hasta que levanten el cerco y se restablezca el orden.

Alzó la vista:

—¿Y tú?

—Yo voy a por *Cachas* Cameron.

Me hice con un mapa de la zona, salí de la cabaña y desande lo andado hasta la camioneta. Retrocedí hasta el motel, donde a los huéspedes les había dado por acribillarse los unos a los otros,

parapetados en sus respectivos *bungalows*, y enfilé un camino que, según el plano, me llevaría a Boca Fargo.

Fue un viaje de casi media hora, a causa de lo accidentado del terreno, hasta llegar a una zona rocosa donde *Cachas* había abandonado su *jeep*.

Subí a una de las rocas. Desde allí podían verse los potentes reflectores instalados por el ejército, apenas a unas millas.

Encontrar la roca «en forma de puño», resultó bastante más laborioso de lo que había supuesto. Me llevó casi media hora, a causa de lo extenso de la zona, y diez minutos más dar con la entrada de la cueva, disimulada bajo unas matas.

Con la linterna en una mano y el fusil en la otra, descendí por la estrecha galería.

Tenía prisa. Prisa por atrapar al *Cachas*, prisa por quitarle su frasco (pequeño problema técnico a resolver cuando llegara el momento) y, sobre todo, prisa por llevarlo ante las autoridades, explicarles todo lo ocurrido y poner fin así a toda la pesadilla.

Pero aquella cueva no era un sitio como para echarse a correr. Las galerías eran sinuosas, se hacía necesario subir y bajar y sortear obstáculos que parecían puestos a propósito para que tropezaras con ellos. Yo pensaba: *¿Y si Cachas tropieza* y se *da un morrón*? La idea no era muy confortante. Lo que llevaba en el macuto podía romperse y expandirse con suma facilidad.

Presumiblemente, me llevaba más de una hora de ventaja. Aquí y allá, encontraba rastros de su paso, cigarrillos pisoteados o escupitajos pegados a las rocas. Hasta me parecía notar su olor. Hombre poco entusiasta de la ducha, en aquel ambiente; cerrado dejaba tras de sí la huella de su aroma a roña y meados.

Él tenía un plano y yo no. Él sabía que galería había que seguir cada vez que aparecía una bifurcación y yo tenía que tirar de mi olfato. Como consecuencia, perdí tiempo, avancé, retrocedí y, cuando por fin encontré la salida, comenzaba ya a clarear.

A saber la ventaja que me llevaría.

Salí al exterior en una zona desértica. Esperaba estar del otro lado de la barrera. Miré a mí alrededor: Por una lejana carretera transitaban vehículos militares. Y por otra de segundo orden se llegaba a un pequeño pueblo, Tensouls, según mi mapa.

Lo lógico era pensar que Cameron había ido para allí.

Así era: Lo supe tras interrogar al encargado de la única tienda de alquiler de coches local. El hombre, medio me atendía a mí, medio permanecía pendiente de un televisor donde se veían imágenes aéreas de un Gladstown semiarrasado.

—Sí, un tipo enorme —recordó el hombre—. Me ha sacado de la cama de madrugada. Decía que se trataba de una urgencia. Le he alquilado un Camaro.

—Ah, ése es el bueno de Ernie —dije, esforzándome por sonreír convincentemente—. Siempre con sus prisas. ¿Sabe a dónde se ha dirigido?

—A Phoenix, imagino. Quedó en devolver el coche en nuestra sucursal del aeropuerto.

Alquilé un Toyota y salí zumbado hacia Phoenix.

Fueron cuatro horas de viaje a toda velocidad, sembrando el pánico en la autopista. Al final, me dolía el pie de tanto apretar con saña el acelerador. Adelanté a muchos vehículos, pero no a un Camaro conducido por el primo de King Kong.

El Camaro había sido ya devuelto a la agencia del aeropuerto.

Corrí hacia la oficina de reservas.

Una ventaja sí tienen los tíos como *Cachas* Cameron. Dejan impronta. Marcan. Todo dios les recuerda. El encargado de las reservas, un hombrecillo apocado de pelo canoso, temblaba aún de espanto cuando le pregunté por él.

—Ah, sí, el señor Smith. Ha hecho una reserva, sí.

—¿A dónde?

—Perdone, pero no puedo decírselo. Este tipo de información es secreto profesional…

Me impacienté:

—Mire; soy el decano de la Universidad local y el señor Smith es nuestro profesor de Filosofía Contemplativa. Ocurre que el hombre se ha llevado por error unos papeles del profesor de Filosofía Hindú y… —Llegados a este punto, frené. *Dioses*, ¿qué le estaba diciendo? El fulano me miraba a mí con un ojo y con el rabillo del otro al teléfono, deseoso de pedir ayuda. Decidía atajar por la vía directa —: Y-tengo-una-pistola-bajo-la-chaqueta-y-ahora-mismo-me-vas-decir-a-dónde-ha-hecho-la-reserva-si-n-quieres-que-te-meta-el-cañón-en-la-boca —así se lo dije, todo seguido.

—Nueva York —confesó el encargado, fervientemente

convencido por mi último argumento—. Vuelo 798 al aeropuerto de La Guardia. —Y luego, encogiéndose un poco—: Es aquel avión que hay en la pista.

—*¿Aquél del que están retirando la escalerilla?* —Me horroricé yo.

—Pues sí —confirmó el tío, componiendo una nerviosa sonrisa exculpatoria—: Aquel que empieza a tomar velocidad…

—¡Párenlo! —aullé—. ¡Deténganlo!

—Señor, esto no es posible…

Claro que no lo era. El avión corría por la pista de despegue, empezaba ya a elevarse, y por un momento yo pensé en correr hacia él y colgarme de su cola, como había hecho en cierta ocasión[1], pero ni siquiera para esto había tiempo.

Cachas Cameron llegaría a Nueva York me resultaría imposible localizarle. La partida estaba perdida.

CAPÍTULO VII

Le dije al encargado que todo había sido una broma, ja, ja, qué divertido, y me fui a la carrera mientras el tío usaba su teléfono para llamar al Séptimo de Caballería.

No podía perder ni un segundo. Oculto en una cabina de la terminal de vuelos internacionales, llamé a Zenna Davis, mi amiga periodista del New York Times.

—Huy, perdona Indy, no tengo tiempo de escuchar tus promesas de amor eterno, estamos colapsados por todo ese lío de Gladstown. Llama otro día, ¿quieres? —me saludó con su natural impertinencia.

—Es urgente y tiene que ver con Gladstown —la corté yo—. ¿Quién llevaba la búsqueda de Timmy Estévez?

—Pues… Harry Grant. Un agente especial de los servicios especiales. Un hombre muy especial, Indy. —Se rió de su propio chiste—: Uno de esos chicos modernos de Miami, de expresión lánguida y ropas fosforescentes…

—¿Es de fiar?

—Indy, *¿qué te traes entre manos?* —La sospecha vibraba en su voz.

—¿Le conoces? ¿Se fiará de tu palabra si le pides una cosa?

—El problema es, ¿me fiaré yo de tu palabra si me pides que le pida una cosa?

—Está bien —me rendí—. Contén la respiración y toma nota. —Y le solté a bocajarro un rápido resumen de toda la historia. Cómo conocí a Timmy en El Matadero, los acontecimientos de Gladstown, las revelaciones de mi amigo moribundo y la huida de *Cachas* Cameron con La Bestia. Todo.

—¿Eso es verdad? —preguntó Zenna al final tras un atónito silencio.

—Te lo juro por mis deudas.

—Las que tienes conmigo. Sí, tiene que ser cierto. Además, no me has llamado a cobro revertido y eso ya es todo un indicio —razonó ella—. Voy a publicarlo, *cherí*. En condicional y con la coletilla «según informaciones no totalmente confirmadas», pero voy a publicarlo.

—Te ganarás el Pulitzer. Ahora escucha: Carne ron llegará a La Guardia en el vuelo 798, procedente de Phoenix. Viaja con el apellido «Smith» pero es inconfundible, ya te he dado su descripción. Lleva el frasco con La Bestia en un zurrón Harry Grant y sus hombres deben esperarlo en el aeropuerto. Por todos los dioses, que vayan con cuidado al detenerlo. Un movimiento brusco y el virus puede quedar suelto en Nueva York —a medida que iba hablando, yo mismo me iba poniendo aprensivo—. Diles que se agencien los servicios de un carterista profesional o algo por el estilo, pero por favor, *que vayan con cuidado*…

—Hablaré con él —me prometió Zenna—. ¿Y tú qué harás?

—Llegar a Nueva York en el mínimo tiempo posible.

Éste resultó ser un problema más complicado de lo que había previsto. Tuve que esperar a que relevaran al encargado de la oficina de reservas y entonces me enteré de que el próximo vuelo a Nueva York tardaría dos horas en salir. Magnífico. Para cuando llegara, ya estaría todo dado y bendecido. Harry Grant y sus hombres habrían salvado a la humanidad o la habrían condenado.

Llamé de nuevo a Zenna. Me dijo que había hablado con Grant y que Grant no se había creído nada.

—De todas formas, como el hombre se estaba aburriendo y las películas de la tele son muy malas, ha prometido ir al aeropuerto para echarle un vistazo al zurrón de ese *Nalgas* Cameron.

—*Cachas* Cameron.

—Eso es, *cherí*. Cachas.

La espera me puso bastante nervioso. Había conocido a suficientes agentes especiales en mi vida (la CIA, la KGB y toda la pesca), como para saber que su idea de la sutileza consistía en cortarse las rebanadas de pan del desayuno a golpes de hacha. Podía imaginarme perfectamente al tal Harry Grant abatiendo a tiros a Cameron primero y preguntando después qué era ese líquido amarillento que se escurría por el suelo…

Además, suponiendo que lograran detenerle y quitarle, intacto, el frasco de La Bestia. ¿Qué harían con él? Lo lógico sería destruirlo…

… pero probablemente, querrían conservarlo. Después de todo, era un arma más en el arsenal militar. Lo guardarían en algún lugar, y quizás algún día otro Timmy lo robaría y empezaría de nuevo la pesadilla.

Entre una cosa y otra, llegué a Nueva York con las pulsaciones a ciento diez. Para entonces, pasaban de las once de la noche. El vuelo de Cameron debía haber llegado a las ocho.

Un tipo vestido con un traje rosa pálido sobre una camiseta verde manzana, vino a mi encuentro en la sala de llegadas.

—¿Indiana James?

—Yo mismo. —Y recordé la descripción que me había dado Zenna—. ¿Harry Grant? —pregunté a mi vez.

Me miró con mala leche. Parecía mosqueadísimo. Tal vez las películas de televisión no fueran tan malas, después de todo.

—Cuéntame dónde está la gracia de tu broma y nos reiremos los dos —me espetó.

—¿No habéis capturado a Cameron? —me alarmé.

—Smith. Le dijiste a Zenna que viajaba con el apellido «Smith».

—Eso es.

Sin añadir nada, me tomó del brazo y me arrastró hasta una zona de lavabos. Habían puesto el cartel de «Fuera de Servicio» en la puerta del de caballeros. Dentro, cuatro agentes en mangas de camisa, los brazos cruzados y las pistolas visibles en las sobaqueras, custodiaban a tres sujetos aterrorizados. Sus maletas habían sido abiertas y su contenido estaba esparcido por los suelos.

—¿Es alguno de éstos?

Les miré. Un hombre de negocios, un jovencito imberbe y una viejecita agarrada a su paraguas, con cara de pensar que de un momento a otro lo necesitaría para defenderse.

—… son los tres «Smith» que figuraban en la lista de pasajeros —explicó Grant.

Dioses, se les ha escapado, comprendí.

—¡Dije que era un tío enorme, una especie de orangután de metro noventa de altura! —me indigné.

—¡No viajaba nadie de esas características en el vuelo 798

procedente de Phoenix! —se indignó Harry Grant a su vez.

La viejecita alzó tímidamente el dedo, como un escolar pidiendo permiso para ir a satisfacer una necesidad.

—Había un señor así —explicó—. Se bajó en Boston, cuando el avión hizo escala.

En Boston. Claro, yo había amenazado al encargado de los pasajes, y el encargado había llamado a la torre de control para que las azafatas avisaran al respetable señor Loquesea Smith de que un psicópata peligroso le estaba buscando. Y Cameron había decidido apearse en Boston, por si las moscas. Y ahora, que le echaran un galgo.

—¡En Boston, maldita sea! —aulló Grant—. ¿Por qué no lo dijeron antes?

—Hubieran preguntado… —dijo con un hilo de voz el jovencito.

Rectifiqué mentalmente: Los agentes especiales no cortan el pan a hachazos. Lo hacen con una sierra mecánica.

Echó a correr Grant proa al teléfono más cercano y eché a correr yo, popa a los cuatro agentes a quienes se les podía ocurrir de un momento a otro la idea de retenerme.

Me perdí entre el bullicio de las salas del enorme aeropuerto, en un estado de total desesperación. Boston. Tampoco allí le encontrarían. *Cachas* Cameron deambularía por la ciudad con el frasco de La Bestia en su maldito zurrón y quién sabe qué ideas peligrosas en la cabeza. Era como un niño jugando con fuego. O con el botón que pone en marcha la guerra nuclear. Debía sentirse ebrio de poder y, estaba seguro, acabaría haciendo una barbaridad.

Y yo ya no podía hacer nada salvo, quizás, irme a una isla remota y desierta y esperar a que no me alcanzara el virus.

En uno de los bares del aeropuerto, la gente se agolpaba ante un televisor. En la pantalla, un psicólogo especulaba sobre el estado de ánimo de los habitantes de Gladstown en estos momentos. *Con un poco de mala suerte, dentro de unos días no necesitaréis que os lo explique un psicólogo*, me dije.

… Subía *yo* por una escalera mecánica rumbo a un restaurante (quizás la última cena en paz y sosiego, antes de que todo el mundo empezara a chillar), cuando en la escalera paralela de bajada reconocí a un viejo e inconfundible amigo.

Cachas Cameron.

Y tan sorprendido quedó el uno como el otro de tan imprevisto encuentro, y cada cual aulló el nombre del otro como si fuéramos viejos amigos, y yo clavé los ojos en el zurrón que colgaba de su hombro y él, instintivamente, agarró la correa con una mano crispada…

CAPÍTULO VIII

Luego supe que en Boston se había limitado a cambiar de avión. Informado por la azafata de que un loco de mis características le perseguía, sus primitivos engranajes mentales le habían permitido imaginar que tal vez yo diera el aviso a la policía y de que tal vez la policía le esperara en La Guardia al pie del avión. Por tanto, tomó otro vuelo con otro nombre y llego una hora más tarde. Era en Nueva York donde planeara hacerse: rico y poderoso a costa de La Bestia.

Pero todo esto lo supe después, además, me importaba y me importa un comino. En aquel momento me limité a pensar *que no se te vuelva a escapar*, e, instintiva e irracionalmente salté a la escalera paralela.

Quedé encarado con él, cinco peldaños más abajo en la escalera que descendía hacia el *hall.*

Cachas Cameron sonrió. Tenía los ases en la mano. Literalmente. Se había descolgado el zurrón y lo mantenía en el aire, amenazando con dejarlo caer.

—Mejor te quitas de en medio. —Me ordenó.

—Si sueltas eso, *también tú* quedarás contagiado —argumenté yo.

—¿Yo? —se rió—. Vamos, un bichito *tan pequeño* acabar conmigo… —Se diría que la sola idea le ofendía.

¿Fanfarroneaba o en su cretinidad se había autoconvencido de que era inmune a La Bestia? A efectos prácticos, daba lo mismo.

* * *

La escalera seguía llevándonos hacia abajo y yo no sabía qué

hacer. La gente nos miraba con curiosidad, enfrentados el uno al otro como estábamos, y yo miraba hipnotizado el zurrón, oscilando como un péndulo de la correa. Nunca olvidaré esa bolsa: Modelo rústico, en tono gris, de *Efepe Brothers*, diseñadores. Cerraba con presillas, aunque las presillas no estaban abrochadas.

Cachas Cameron bajó un peldaño.

—Voy a pasar por tu lado —anunció—. No intentes nada. Si lo haces… —Y movió el zurrón.

Yo me hice a un lado para franquearle el paso.

—Entendido —acepté. Qué remedio—. Tranquilo, *Cachas*. No te pongas nervioso.

—*Tú* eres quien está nervioso.

Cachas Cameron podía haber hecho lo que había anunciado. Pasar por mi lado, seguir adelante, dejarme atrás y desaparecer de mi vista en el *hall* con su botín. Pero el odio que me profesaba se lo impidió. Yo era alguien que le había vencido, que le había humillado ante sus incondicionales en El Matadero (y, además, haciendo trampas), y ésa era una ofensa que el quena lavar.

De modo que, mientras pasaba, me golpeó.

… me clavó un codo en el vientre, y a mí el estómago se me puso a girar a ritmo de tambor de lavadora automática, y salí rebotado contra la barandilla, y perdí el equilibrio e, instintivamente, por puro reflejo, me agarré donde pude.

… me agarré de las solapas de abrigo de una señora gorda, y la señora gorda gritó, y perdió el equilibrio a su vez, y se desplomó derribando a la persona que tenía delante y como en una hilera de naipes, cuantos nos precedían en la escalera cayeron a su vez…

Cachas Cameron incluido.

Se me pusieron todos los pelos de punta al ver que el zurrón se le escapaba de las manos. Rebotó en un peldaño y sobre el cuerpo de uno de los caídos, y, tapado como estaba por la masa que bajaba rodando por las escaleras, ya no lo vi más, pero sí oí un nítido «clinkk», que me sonó a tañir de campanas fúnebres.

Empecé a abrir paso reptando virtualmente por las escaleras automáticas.

… milagrosamente, el frasco había salido del zurrón pero *no se había roto*. Era una especie de tubo de ensayo, grande cerrado herméticamente y lleno de líquido amarillento. Rodaba por el *hall*,

entre los pies de los viajeros que se habían apiñado para disfrutar de la caída múltiple.

—¡Que nadie lo toque! —aullé. Y, *dioses*, mi alarido se sobrepuso a los gritos histéricos de los accidentados y al run run de la megafonía del aeropuerto—. *¡Es La Bestia!*

Exclamaciones, carreras, gente que se apartaba, una mamá que casi le arranca un brazo a un niño que pretendía recoger el tubo.

Y *Cachas* Cameron que se tiraba sobre el frasco para recuperarlo…

… y yo que le agarré por una pierna…

—¡Me las pagarás, hijo puta! —Rugía—. ¡Voy a romperlo!

Dioses, había enloquecido. Le creí muy capaz de cumplir su promesa suicida.

Se revolvió en el suelo y me agarro por el cuello. Podía haberme arrancado la cabeza como quién descorcha una botella de cava. Estábamos en una posición absurda, sentados el uno frente al otro, y yo le clavé la rodilla en la entrepierna.

—¡Arggg! —Y me soltó.

El tubo seguía en el suelo. Gateé hacia él. Estiré el brazo…

Y esta vez fue Cameron quién me agarró a mí por una pierna.

Yo había tocado el tubo con las puntas de los dedos. Lo había empujado sin querer y ahora rodaba *hacia la escalera de subida al restaurante.*

Con un ojo veía a la escalera mecánica llevándose el tubo hacia arriba y con el otro miraba una sólida papelera-cenicero de aluminio, al alcance de mi mano.

* * *

Así, en plan bizco, agarré la papelera y la lancé hacia atrás.

¡CLONKKK!, se abollo contra la cabeza de Cachas.

El ogro me soltó, sorprendido se incorporó y arrancó una fila de asiento de la sala de espera. Cinco sillas de plástico unidas por dos barras de hierro.

¡FIOUU!

Tuve que echarme atrás para escudar el mandoble (¿o debería decir el *sillazo?*), y acto seguido me eché hacia adelante, en pos del tubo que ya estaba a medio camino.

Y *Cachas*, detrás.

—¡Espera, hijoputa que sequelahostia que tevoyarromperelnose cuántos…! —Medio se le entendía en una verdadera sinfonía de alaridos.

Así subíamos, enzarzados el uno con el otro, él pretendiendo golpearme, yo esquivando, y los peldaños de la escalera metálica siendo abollados de resultas. Al pie de la escalera se había congregado un grupo cada vez más numeroso de mirones, y entre ellos me pareció distinguir a Harry Grant, el agente vestido de fucsia (*¿vamos, a qué esperas, capullo? ¡Haz algo!*).

Y, si abajo estaba Grant, arriba estaba la señora Smith, la viejecita que había sido retenida en los lavabos, mirándonos con aire de censura.

Horrorizado, con el vello de la nuca de punta, la vi agachándose y recogiendo el tubo.

—¿Les parece bonito, pelearse como niños por un tubito? —nos recriminó—. ¡Pues ahora no será para ninguno de los dos! ¡Voy a romperlo!

Hasta a Cameron se le olvidó el objetivo de su vida, chafarme la jeta. Nos quedamos los dos mirando a la señora Smith con ojos como bandejas para cien comensales.

—¡Señora, que es La Bestia! —supliqué.

Ella ya alzaba el tubo en el aire para destrozarlo tirándolo contra el suelo.

—¡Ustedes sí que son unos bestias! ¡Debería darles vergüenza!

… me zafé de *Cachas* y corrí hacia arriba. Pero no tendría tiempo. Me faltaban cinco metros para alcanzarla.

—¡Cuidado, señora, el marciano le va a pinchar con las antenas! —En momentos como éstos, a uno se le ocurren ideas desesperadas como ésta. Ideas totalmente absurdas.

Pero funcionó. Funcionó paralizando el gesto de la dama durante una fracción de segundo, y en esta fracción de segundo yo ya saltaba sobre ella como quien salta sobre Madonna, y la abrazaba, y manoteaba pretendiendo quitarle el tubo.

Caímos los dos, el tubo se le escapó de las manos y rodó bajo una mesa del comedor.

—¡La Bestia! ¡La Bestia! —avisaba yo a los sobresaltados comensales.

Gritos de pánico, gente que abandonaba sus filetes, carreras

precipitadas hacia la escalera de bajada.

Y de nuevo *Cachas* pretendiendo agarrarme, eterno inconveniente interponiéndose entre mí y el fin de la pesadilla.

—¡Ven aquí, mamón!

* * *

Cogí lo primero que me vino a la mano, un plato de sopa y se lo tiré a la cara.

La sopa quemaba, y *Cachas* se quemó y rugió, y se echó para atrás y la jeta le humeaba cómicamente. A ciegas, agarró lo primero que le vino a la mano y me lo estampó en mi cara. Brandada de bacalao. La masa me resbalaba por la piel y se me metía en los ojos. Aun así, le vi agachándose bajo la mesa, y palpar el suelo, a tiendas, buscando el tubo.

Ah, no. Eso no podía permitirlo.

Me tiré en plongeon sobre su espalda con el brazo extendido y empujé el tubo con los dedos, quitándoselo virtualmente de la mano. El tubo rebotó en la pata de una silla, cambió de dirección y rodó mansamente hacia la cocina anexa.

Seguimos pues con lo nuestro en la cocina. El intentó acuchillarme con el cuchillo de trinchar la carne y yo le rompí dos costillas a golpes de jamón de jabuco. Él se hizo con una pala de madera del horno y yo me defendí usando la tapa de una cacerola para cincuenta raciones, como escudo. En un momento dado, le tuve amorrado contra los quemadores, y hasta atiné a arrancar el tubo del gas y metérselo en la boca, pero el ogro aquel estaba muy acostumbrado a respirar los efluvios tóxicos de su propia mierda (la que llevaba pegada por doquier) y no le afectó.

… Y mientras todo eso ocurría, danzábamos alrededor del tubo, a punto de pisarlo y destrozarlo así, como sin querer, en varias ocasiones…

Sangrábamos los dos, nos habíamos convertido en animales luchando por sobrevivir y casi no recordábamos cómo y porqué nos estábamos peleando.

… hasta que *Cachas* le pegó una patada al tubo.

… y el tubo rodó, y de la cocina salió al comedor, y yo corrí tras él, y del comedor salió a la terraza, con vistas a las pistas de aterrizaje, y yo me lancé en plancha y lo rocé con los dedos pero no

pude sujetarlo…

… y el tubo se escurrió bajo la barandilla cayo. Cinco metros. La terraza estaba colgada cinco metros de altura sobre las pistas.

Dioses, dioses, dioses…

CAPÍTULO IX

Alfie Brown nos salvó a todos de La Bestia. Suyo es el mérito. Alfie Brown, un empleado bastante despistado que a menudo olvidaba su obligación de bajar las marquesinas a las cinco de la tarde.

Había toldos bajo la terraza, y Alfie Brown se había olvidado de bajarlos cuando se puso el sol, y el tubo rebotó en el toldo, fue a caer sobre una minúscula franja de hierba y rodó hacia las pistas.

Cachas y yo seguimos el mismo camino. Yo también rebotando en la marquesina (me había tirado con la absurda idea de cazar el tubo al vuelo, en pleno frenesí) y Cachas atravesándola, desgarrándola bajo su peso.

—¡Pero qué hacen, apártense! ¡Fuera, fuera, fuera! —chillaba un empleado agitando los brazos.

Mierda, en ese lugar el asfalto hacía desnivel y el tubo rodaba, tomando velocidad hacia una de las franjas delimitadas por hileras de luces reflectantes, como si de pronto hubiera concebido la idea de emigrar en avión.

Y, hablando de aviones, un inmenso
DC-9
se disponía a aterrizar en esa pista.

—¡Quítense de ahí! ¡Quítenseee! —se desgaritaba el empleado.

Ni le oíamos. Estábamos de nuevo enzarzados en nuestro toma y daca particular, justo sobre las hileras de luces. El tubo se había detenido exactamente en el centro de la pista. El
DC-9
había dejado de ser una cosa pequeñita con titilantes luces rojas y verdes a cada lado para convertirse en un monstruo inmenso que se acercaba por momentos, a punto de tomar tierra.

Dioses, iba a cargarse el tubo con el tren de aterrizaje.

Cachas trataba de estrangularme. Me faltaba el aire y se me salían los ojos por las órbitas. Un último esfuerzo. Alcé el brazo, le metí los dedos en los agujeros de la nariz, hasta el fondo, y luego tiré.

—¡Grarggggg! —bramó de dolor y de rabia el ogro, con la nariz desgarrada, las paletillas colgándole y la sangre manando a borbotones.

El DC-9 ya había tomado tierra. Estaba a unos diez metros.

A cuatro gatas, tomé impulso con las manos y con los pies y me lancé hacia adelante, los ojos fijos en el tubo, en La Bestia, en aquel líquido amarillento que podía exterminar a la humanidad entera.

No recuerdo exactamente lo que ocurrió a continuación. La sensación de tener el tubo en la mano (*por dios, no aprietes demasiado, no vayas a romperlo ahora*), el cuerpo encogido, todo yo hecho un ovillo, protegiéndolo mientras rodaba por el suelo, y una montaña que pasaba a mi alrededor y casi me rozaba, y un aullido que de momento no supe a qué venía, y la bofetada de un huracán que me mando a treinta metros de distancia.

El tubo intacto en mis manos.

Y *Cachas* Cameron (de ahí el grito) desintegrado en la pista. Había saltado tras de mí a por el tubo y el avión se lo llevó por delante, desmembrándolo.

Yo miraba el tubo intacto en mis manos. Casi sin creerlo. Lo miraba, y reía histéricamente y hasta lo hubiera besado de no ser por lo que había dentro.

Se habían encendido todos los focos del aeropuerto, sonaban sirenas por doquier, un grupo de gente venía corriendo hacia mí.

Con Harry Grant a la cabeza.

Le mostré el tubo:

—¿Qué me dices de eso? ¿Tenía o no tenía razón?

A Harry Grant todavía le duraba el susto. El color de la cara se le había puesto a tono con el de la camiseta. Verde lechuga tirando a lívido.

—Está bien. Dámelo —articuló.

Y entonces yo me calmé. Y pude pensar. Reflexionar un poco acerca de todo el asunto.

—No.

—¿Quéee?

Tenía a varios agentes, y también a algunos policías uniformados detrás. Se produjo un movimiento general de alerta.

Alcé el brazo con el tubo en la mano.

—Que nadie se acerque Si alguien lo intenta, *lo romperé.*

—¡Indiana, estás loco!

—¡*Que nadie se mueva*! —repetí—. Seguidme a diez metros de distancia. Vamos a ir al edificio de la terminal.

Obedecieron. No les quedaba otro remedio. Se morían de ganas de pegarme un tiro para quitarme el tubo, pero si lo hacían, el tubo se rompería sin remedio al caer al suelo.

—No hagas tonterías, te has jugado la vida porque ese tío no rompiera el tubo, estás nervioso, piénsalo bien —recitaba aterrado y plañidero el agente especial.

Yo no decía nada. Cuando llegamos a la terminal, Harry Grant intento su última baza:

—¿Quieres dinero? Di, ¿cuánto quieres? *¿Un millón de dólares?*

Yo no quería eso. Quería otra cosa mucho más importante.

Atravesé el *hall* con la comitiva detrás y me dirigí hacia el restaurante, subiendo de nuevo por la escalera mecánica.

—Pero ¿se puede saber qué demonios pretendes?

—Ya lo verás.

Dioses, nunca en mi vida he jugado tan fuerte, y de farol.

Me metí en la cocina. Y los otros, detrás. En alguna parte, brillo el *flash* de una cámara fotográfica.

—Quietos, ahí, en la puerta —ordené—. Ahora, harás dos cosas. Primero: Darme una pistola. Y tirad las otras.

—No.

—Está bien. Tú lo has querido —y agité el brazo.

—¡Espera…!

Accedió a dejar una pistola sobre la mesa. La cogí con la otra mano.

—Segundo: Ese periodista de la cámara. Que pase y me tome una foto.

—¡Estás loco! —Debía imaginar que me había cogido un ataque de megalomanía o algo por el estilo.

Entró el periodista (del *New York Times*, había estado rondando

por el aeropuerto avisado por Zenna), tiró la foto y luego, con él como testigo y apuntándoles a todos con la pistola, me serví de dos dedos para abrir un magnífico horno de microondas en el que me había fijado durante mi pelea con el difunto *Cachas* Camerún. Una maravilla de la técnica. Alcanzaba instantáneamente una temperatura superior a los doscientos grados centígrados.

Y, por los reportajes de televisión, yo sabía que el virus, La Bestia, no resistía temperaturas superiores a los ochenta y cinco grados.

Abrí, metí el tubo, cerré y apreté el botón, con el regulador a doscientos. Luego, tiré la pistola.

—Eso es todo —expliqué—. No me apetecía dejarlo suelto por ahí, en manos de nadie.

Harry Grant era una amalgama de emociones dispares. Alivio por una parte, irritación por otra.

—¿Crees que lo hubiéramos conservado? ¿De verdad piensas eso?

—Estoy seguro. Por la misma razón que conserváis otras porquerías semejantes en laboratorios secretos. Y no me digas que los rusos o los chinos, o los esquimales hacen lo mismo y no podemos quedarnos atrás. Si alguna vez encuentro una Bestia soviética, o china o de donde sea, prometo destruirla de la misma manera.

Vertió su irritación sobre sus hombres, los policías y el periodista, echándolos a voces. Quedamos solos, y fue entonces cuando por fin pareció relajarse un poco.

Suspiró:

—Personalmente, estoy de acuerdo con lo que has hecho —admitió—. También a mí me gusta dormir tranquilo. Pero no sé cómo se lo explicaré a los de arriba…

—No te preocupes. *Personalmente,* también estarán de acuerdo…

—Sí, ése es el problema. Las cosas se complican cuando pasamos de lo personal a los intereses generales de todas esas personas…

Por un momento pareció que iba a humanizarse y a filosofar un poco, pero luego se lo pensó mejor y adoptando su papel de agente secreto, me ordenó no hablar con la Prensa, abandonar inmediatamente el país en el avión que fuera, y me entrego un paquete con cien mil dólares (eso dijo, no los conté) para que me

tomara unas vacaciones y me olvidara del asunto.

Lo olvidaría, claro. Todos lo haríamos, más tarde o más temprano. Todos… excepto los habitantes de Gladstown, víctimas de la bestia. No del virus, sino de la bestia de egoísmo crueldad e hipocresía que arrastro a Timmy a la locura.

FIN



Los libros de esta colección estaban firmados con el seudónimo de Indiana James, pues se suponía que los escribía el personaje. Detrás de ese seudónimo, en algunos sitios de la Web dicen que se escondía Juan José Sarto, y es cierto, pero no es toda la verdad. Los libros estaban escritos, por así decirlo, a cuatro plumas. Sí, es extraño el caso, y pienso que es algo muy interesante pues no creo que se haya dado este caso en más ocasiones en el mundo del bolsilibro. Cuatro autores, con muchas tablas a sus espaldas, se escondían tras el seudónimo: Juan José Sarto, Francisco Pérez Navarro, Jaime Ribera y Andreu Martín.

Estos cuatro escritores, que ya venían del mundo de la historieta y del
TBO,
se lo pasaban en grande escribiendo estas locas aventuras. Según Francisco Pérez Navarro, se reunían, hacían una especie de lluvia de ideas, y luego uno redactaba la novela y otro la corregía, y así se iban turnando cada vez. Según me cuenta el propio Andreu Martín, en los comentarios a esta entrada, se reunían siempre en un bar llamado Esterri para idear las aventuras de nuestro querido Indiana James. Las historias enlazaban de un número al siguiente. Las dosis de humor nunca faltaban. En las historias, todo el mundo confundía

a Indiana James con «el de las películas», y él siempre tenía que explicar que no se llamaba Indiana por él, sino porque corrió las 500 millas de Indianápolis. Estos cuatro amigos, se llamaban a sí mismos los Narradores Asociados, y en los otros bolsilibros que publicaban, se ponían seudónimos que empezaban por
N y A,
para hacer honor a este grupo.

Fernando Guijarro, también escribió algunos números de Indiana James, aunque él lo hizo solo, debido a que los otros escritores estaban todos en Barcelona, pero él estaba en Granada. Los números que escribió él:

- 28 - Siglos bajo el agua.
- 29 - Judy con esquís en los diamantes.
- 31 - Paloma, caballo y rey.
- 32 - Lentas pasan las horas junto al río.
- 33 - Infinitas horas en Le Mans.
- 36 - Esto no es el cine, chico.
- 37 - ¡Viva Siva!
- 38 - En el nombre de Alá, por zona caliente.
- 40 - Para acabar con una pesadilla.

La serie de Indiana James, se encuadraba dentro de la colección Grandes Aventuras, de Astri. Dicha colección constaba de 54 números, entre los que había 46 números de Indiana James. Jaume Ribera y los otros autores sólo escribieron hasta el número 34 de esta colección; por lo que sigue siendo un misterio quién o quiénes escribieron el resto de números de Indiana James. Hay 8 números que tienen otros protagonistas: Ranko, Cocodrilo *Dandy*, Aniquilator, Brigada Antivicio, Colores de Violencia y Los Intocables de Chicago. Estos bolsilibros con otros protagonistas de la Colección Grandes Aventuras de Astri, fueron escritos por Juan Gallardo Muñoz (Curtis Garland).

Listado de la colección:

- 1 - Hong Kong *rock*.
- 2 - El diente de perro.
- 3 - La maldición de los 1000 siglos.

- 4 - El panteón flotante.
- 5 - En busca de la prehistoria.
- 6 - El tesoro de Gardenfly.
- 7 - Ojo por diente.
- 8 - Locos de atacar.
- 9 - La amenaza invisible.
- 10 - El tren de carretera.
- 11 - Ayer, hoy y mañana.
- 12 - Razones de estado.
- 13 - Un autobús muy… espacial.
- 14 - El filo del aullido.
- 15 - Camelo-T.
- 16 - Séptimo hijo de séptimo hijo.
- 17 - Recuerde el arma dormida.
- 18 - Cosecha negra.
- 19 - Los hijos del átomo.
- 20 - Desafío a las estrellas.
- 21 - El viejo de la montaña.
- 22 - Electra es una cruel amante.
- 23 - Judy con esquís en los diamantes.
- 24 —*Rally* Beirut… ¡Muerte!
- 25 - Vacaciones, malditas vacaciones.
- 26 - Doble… o sencillo.
- 27 - La herencia de Rickenbauer.
- 28 - Siglos bajo el agua.
- 29 - El despertar de la bestia.
- 30 —… Y los sueños, sueños son.
- 31 - Paloma, caballo y rey.
- 32 - Lentas pasan las horas junto al río.
- 33 - Infinitas horas en Le Mans.
- 34 - Aventurero o escritor.
- 35 - Kali no es Kali.
- 36 - Este no es el cine, chico.
- 37 - En el nombre de Ala, por zona caliente.
- 38 - ¡Viva Siva!
- 39 - El engendro.
- 40 - Para acabar con una pesadilla.

- 41 - Duende sobre aguas turbulentas.
- 42 - Las flores del mal.
- 43 - ¡Peste de pasta!
- 44 - Aniquilador.
- 45 - Los intocables de Chicago.
- 46 - Invierno en el infierno.
- 47 - ¡Ranko!
- 48 - Cuestión de principios.
- 49 - Risa de difuntos.
- 50 - Las mil y una dachas.
- 51 - Contra los dioses del odio.
- 52 - El Tesoro del sol naciente.
- 53 - Colores de violencia.
- 54 - Brigada antivicio.

Información extraída de: http://reinosdemiimaginacion.blogspot.com.es/

Notas

[1] El tesoro de Gardenfly, número 6 de esta colección. <<